

REVISTA EUROPEA

NÚM. 304.

21 DE DICIEMBRE DE 1879.

AÑO VI.

CAUSAS QUE HACEN PENOSA LA LECTURA

No sin razon se considera á la lectura como una de las ocupaciones más enojosas ó molestas que se puede imponer á la vista.

Vamos á investigar las causas especiales del cansancio que experimentan muchas personas cuando leen durante largo tiempo sin interrupcion, y á deducir de nuestro estudio las condiciones que es necesario llenar para poder dedicarse impunemente á la lectura por un espacio de tiempo casi indefinido.

Hay que observar, desde luégo, que la retina puede funcionar sin interrupcion todo el dia sin que se produzca el más leve síntoma de fatiga.

En efecto, de caza ó de viaje podemos mirar en torno nuestro durante dias enteros sin que nuestros ojos experimenten la menor sensacion de laxitud ó desfallecimiento.

No sucede lo mismo cuando fijamos nuestra vista en objetos muy próximos. Dibujantes, escritores, obreros de precision ó costureras, los que pasan muchas horas todos los dias sobre su mesa de labor, están expuestos á fatigarse más ó ménos y á ser míopes. La aplicacion prolongada de la vista sobre objetos cercanos es, pues, una causa de cansancio tan generalmente reconocida que por nadie se pone en duda. No es esto una razon para erigir en axioma la influencia nociva de la vision de los objetos próximos; *á priori*, nada permitia prever este hecho, que nos es preciso aceptar desde luégo como puramente experimental.

Nosotros rechazamos la opinion, generalmente acreditada, que atribuye á la tension de los músculos oculomotores derechos internos una gran parte, si no la totalidad, de la fatiga ocasionada por la prolongada vision de objetos próximos.

El cansancio del hombre de letras, del artista y del obrero de precision nos lo explicamos por una tension permanente de la acomodacion.

Pero ese cansancio y la miopia que de él resulta tan amenudo alcanzan un grado de intensidad y de frecuencia mucho más nota-

ble en el lector que en los obreros que se dedican al trabajo más asiduo.

Para demostrarlo no hay necesidad siquiera de recurrir á las estadísticas, cuyos resultados, sin embargo, confirman nuestros asertos.

Pasad revista á los artesanos, á las costureras, á los artistas más laboriosos que conozcais, y si os tomáis el trabajo de establecer un paralelo entre el número de los míopes que halleis en ellos y el de los que podais contar entre los sabios de vuestro conocimiento, resultará que en éstos es mayor, pero con mucho, la proporcion de los míopes.

¿Conoceis á muchos bibliotecarios que no lo sean?

¿Lo son muchas costureras?

Otro ejemplo.

Entrad en la sala de redaccion de un periódico, y vereis que los míopes están en mayoría; pasad al taller de los cajistas, y observareis que la proporcion es inversa; y, sin embargo, los cajistas, como las costureras, invierten generalmente un número efectivo de horas de trabajo mucho mayor que los más laboriosos literatos.

Observemos todavía, respecto á éstos, la mayor frecuencia de la miopia entre los que leen mucho. El compilador tiene más probabilidades de ser míope que el poeta, el autor dramático ó el compositor de música.

Si queremos remontarnos á las causas, observaremos por el pronto que la miopia data muchas más veces de la infancia. Ya dedicaremos un párrafo especial á la miopia de los escolares. Pero haremos notar desde ahora que de todos los aprendizajes que exigen una vision exacta, el de la lectura es el único que se practica desde la edad de siete ú ocho años.

Despues de esto, consignaremos que la lectura exige una aplicacion *absolutamente permanente* de la vista.

El artista, el escritor, el artesano mismo, interrumpen á cada instante su trabajo material para reflexionar, mientras que el lector no concede un instante de reposo al órgano.

La costurera no necesita de toda su atencion sino en el momento en que pica en la

tela, el tipógrafo no mira la letra más que cuando la coge; mientras que el lector ve desfilan las palabras sin tregua ni descanso durante una hora y otra.

Tan continua aplicación va necesariamente acompañada de una tensión permanente del músculo pestañoso, tensión de que ya hemos señalado los inconvenientes en otro párrafo.

En tercer lugar, los libros están impresos en negro sobre fondo blanco. La vista se encuentra, pues, en presencia del contraste más completo que se puede imaginar. No hay apenas profesión en que tal circunstancia se ofrezca en tan alto grado.

Nosotros proponemos que se atenúen los inconvenientes de ese contraste haciendo uso de papel amarillo para la impresión de los libros. El tono del amarillo que se emplee no es cosa indiferente; por nuestra parte preferimos el amarillo resultante de la ausencia de los rayos azules y violados.

Sin invocar la experiencia de ciertos editores de breviarios, ni la práctica de los fundidores de caracteres, cuyos modelos están generalmente impresos sobre papel amarillento, ni las preferencias de los editores de libros de lujo, que emplean los papeles amarillos con una predilección cada día más marcada, hemos dado nosotros hace ya bastante tiempo una razón teórica en apoyo de nuestra preferencia por el papel amarillo.

En efecto, no estando el ojo acromático, la visión debe ser más clara cuando se suprime una de las extremidades del espectro ocasionado por el color del papel; no pudiendo amortiguar el rojo á menos de tener un tinte verde oscuro que sería insoportable, sobre todo á la luz del gas, es preciso recurrir á un papel que refleje el azul y el violado más débilmente que los otros colores; el papel amarillo de la tinta producida por la pasta de madera llena cumplidamente tales condiciones.

La cuarta particularidad de la lectura reside en la disposición de los caracteres en líneas horizontales que recorremos con la mirada.

Si conservamos durante la lectura una perfecta inmovilidad del libro y de la cabeza, las líneas impresas vienen á pintarse sucesivamente sobre las mismas partes de la retina, mientras que las interlíneas más claras afectan constantemente también partes de la retina siempre iguales.

De esto debe resultar una fatiga análoga

á la que se experimenta cuando se hacen experimentos sobre las *imágenes accidentales*. Y los físicos no nos contradirán si afirmamos que nada hay más funesto para la vista que la contemplación prolongada de aquellas imágenes.

Esto nos induce á dar la preferencia á los pequeños volúmenes que se pueden tener en la mano, porque con ellos se evita la fijeza absoluta del libro y la fatiga resultante de las imágenes accidentales.

DR. JAVAL,
Director del laboratorio de oftalmología
en la Sorbona.

LA REPÚBLICA
DE
LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA

X

**La crisis posterior á la guerra de 1783-89.—
La elaboración de la nacionalidad americana.**

SEÑORES:

El conflicto anglo-americano terminó con la paz de 1783, pero la Revolución americana no se redujo tan sólo á la guerra de la Gran Bretaña con las trece colonias que constituyeron luego la República de los Estados- Unidos. Aquel gran conflicto, que costó á Inglaterra un aumento de la deuda pública de cerca de 500 millones de duros, á Francia sobre 350, á España 200, á Holanda 50 y á América 170 (en suma 1.400 millones), con más la pérdida de muchos miles de hombres y las perturbaciones de orden moral y económico que la guerra trae siempre consigo; no dió de sí, por lo que afecta á las colonias americanas, otra cosa que la ruptura del vínculo colonial y la comisión de los negocios de las antiguas dependencias británicas á los Estados independientes. Pero no se reducía á esto la idea engendradora del gran movimiento político trasatlántico. Bajo la influencia de las corrientes civilizadoras del tiempo, y por el empuje de los acontecimientos políticos de la misma Inglaterra y de las colonias mismas, la Revolución norte-americana debía dar de sí dos cosas, respecto de las cuales la separación material de la Gran Bretaña sólo podía ser una

condicion, ó una simple forma. Estas dos cosas eran: primera, la consagracion de los derechos naturales del hombre, fuera de las apariencias del privilegio y de la razon de la historia; segunda, la constitucion de un pueblo, de una *Nacion*, que por sus medios respondiese á las necesidades políticas de la época, y representase algo positivo y eficaz en el concierto de las entidades superiores de la vida contemporánea. Pues bien, todo esto, y singularmente lo último, es la obra de los siete años que van desde 1783 á 1789, es decir, desde el reconocimiento de la independencia de los Estados-Unidos, hasta la promulgacion de la Constitucion de este gran pueblo.

El tratado de Paris de 3 de Setiembre de 1783, ratificado en Enero de 1784 por el Congreso norte-americano, dedica el primero de sus diez artículos á reconocer como *libres soberanos é independientes* á los Estados de Nueva-Hampshire, Massachussetts-Bay, Rhode-Island y Providencia, Connecticut, Nueva-York, Nueva-Jersey, Pennsylvania, Delaware, Maryland, Virginia, las Carolinas del Norte y del Sur y Georgia. Establece luego los límites de estos Estados con relacion á las demas posesiones británicas de la América setentrional, cediendo á aquéllos todos los despoblados territorios del Oeste. Concede al *pueblo* de los Estados-Unidos el derecho á la pesca en los bancos y costas de Terranova, Nova-Scotia, islas de Magdalena y Labrador. Consagra luego la restitution de todo lo confiscado por cualquier concepto, durante la guerra, así como la validez y cobranza de los créditos que los particulares ingleses y americanos tuviesen unos respecto de otros: veda las persecuciones por causa de la guerra y sus partidos; prohíbe las hostilidades, decreta la retirada de los ingleses, sin que les sea lícito llevarse negros, presos, artillería de las plazas fuertes, papeles y archivos de las ciudades americanas, etc., y reconoce la libertad de la navegacion del Mississipi.

A su vez los tratados de reconocimiento de la independencia americana por parte de las demas naciones europeas, no pasan de meras generalidades sobre la base de que los contratantes son de un lado aquellas naciones, y de otro los *Estados-Unidos* de América.

Por su cuenta, y en el interior, éstos no habian pasado de los Artículos de Confederacion de 1778. Llegaba el momento de contraer seriamente la atencion á los problemas íntimos del nuevo pueblo, y determinar si lo re-

cabado por medio de siete años de implacable guerra, y once de protestas y agitaciones, era simplemente la independencia de trece Estados aliados sólo al efecto de lograr la ruptura del vínculo que los encadenaba á la Metrópoli británica, ó si lo conseguido con tanta prudencia, tanta energía y tanto sentido político era la libertad de un verdadero *pueblo*, dentro de las condiciones de la Edad moderna, que ha afirmado la *nacionalidad* como superior fórmula del progreso en el orden de que venimos hablando.

Los Artículos de 1778 no respondian ciertamente á este último punto de vista, pero no puede decirse que le eran contrarios. Con relacion á lo que ántes existia, esto es, á la carencia de toda ley que determinase de un modo explícito las relaciones de las colonias insurrectas, es indudable que los Artículos representan un progreso. Todo lo contrario sucede cuando, formulada por muchos ilustres repúblicos norte-americanos (Washington á su cabeza) la cuestion de si el Congreso habia ó no de tener una propia y verdadera autoridad, y de si los poderes constituidos representaban sólo á los Estados confederados ó al naciente pueblo de los Estados-Unidos, aparece la resistencia obstinada de los particularistas á salir de lo convenido en 1778.

Esto último era de todo punto imposible, y aparte las razones que en el terreno de la ciencia política pudieran haberse opuesto, y que despues se opusieron con extraordinario éxito, hablaban de un modo irresistible las dificultades y complicaciones surgidas en la naciente sociedad, por causa de aquella falta de conexión y de unidad que acusaban los Artículos del 78.

Washington habia entregado su baston de general en jefe al Congreso reunido en Annapolis y retirádose á su posesion de Monte-Vernon, en los últimos dias del año 83, prestando hasta el postrer momento grandes servicios á su país. El ejército, amenazado de disolucion, que en aquel mismo año se llevó á efecto casi en totalidad, se resistia á separarse, temeroso, y con razon, de que, una vez vueltos á la vida ordinaria, los veteranos de la guerra serian olvidados por el Congreso y las legislaturas de los Estados, de suerte que en pago de sus servicios sólo les quedara el porvenir de la más espantosa miseria. De aquí la carta anónima que en Diciembre circuló entre los militares, invitándolos á no separarse hasta que se les hiciera

justicia. De aquí los ofrecimientos hechos á Washington á mediados de 1782, para que, en vista de la actitud del ejército, la impotencia del Congreso, y los antagonismos locales, aceptara el título de rey. Washington, empero, conjuró la tormenta. Acogiendo con honda indignación las últimas proposiciones, logró del ejército que se disolviera, sin manchar su brillante historia de patrióticos servicios, y obtuvo del Congreso que se concediera á los oficiales del ejército la paga de los cinco años siguientes al licenciamiento, en vez de la media paga vitalicia, como medio de poner á los veteranos en condiciones para cambiar de vida y establecerse fuera de las influencias del hambre y la desesperación.

De otra parte, á medida que la paz se aseguraba, el espíritu separatista tomaba vuelo, amenazando al Congreso con quitarle hasta la autoridad moral, que era en realidad lo único que tenía, é inspirando y fomentando los exclusivismos y las ambiciones locales que á la postre habrían de dar no sólo la negación de la unidad superior, cuya existencia, bien que vaga, parecía haber sido reconocida por el extranjero, si que la guerra íntima, la lucha material y desastrosa de toda necesidad entre las antiguas colonias, ahora no contenidas por la superior dirección de la Metrópoli, ni el interés común de la independencia. A esto también ocurrió Washington, aunque con mediano resultado. A esto responde, por ejemplo, la carta-circular escrita por el gran republicano, desde su cuartel general de Newburg en 8 de Junio de 1783, á los gobernadores de los diversos Estados.

Redactada con el aparente objeto de anunciar su regreso á la vida privada, y de felicitar á aquéllos por el éxito de la guerra, Washington discurre largamente sobre la situación política del país, y afirma que «hay cuatro cosas esenciales para el bienestar y hasta para la existencia de los Estados Unidos como potencia independiente: «1.ª Una unión indisoluble de los Estados, bajo una autoridad federal. 2.ª Un sagrado respeto á la justicia pública. 3.ª La adopción definitiva de la paz. Y 4.ª La disposición pacífica y amistosa del pueblo de los Estados Unidos, á fin de que todos olviden sus preocupaciones locales y políticas, y se hagan aquellas concesiones que son necesarias para la prosperidad general, sacrificando en algunos casos sus propios intereses en beneficio de la causa común». De estas fórmulas sólo dos piden explicación. Lo del respeto á la justi-

cia se refiere al pago de la deuda contraída para sostener la guerra (deuda que Washington calificaba de *honor y de gratitud*) y á la satisfacción de los descubiertos del ejército. Lo de la paz se relaciona también con la necesidad de organizar una buena, fuerte y uniforme milicia en todos los Estados, así para el orden diario como para el caso de un rompimiento de hostilidades con el extranjero; previsión cuya exactitud demostró al fin la guerra que en 1812 volvió á estallar entre la Gran Bretaña y la joven República.

Pero como he dicho, los nobles deseos de Washington no obtuvieron el pleno efecto que hubiera sido de desear. Sólo que la autoridad de aquel ilustre patricio sirvió lo indecible para que los partidarios de una política de unidad y seria organización de la República llevaran adelante su empeño.

Las dificultades, pues, siguieron, y su inconveniencia se puso de relieve en todo el curso de los tres años siguientes á la retirada de Washington, singularmente con motivo de cuatro cuestiones. La primera la cuestión de la deuda; la segunda la de los tratados de comercio con el extranjero; la tercera la del cumplimiento del tratado de paz con Inglaterra; la cuarta y última la de la rebelión de Shays en Massachusetts.

La deuda americana, señores, había llegado en primeros de Enero de 1783 á 42.000.000 de duros; representaba un interés anual de 2.400.000, que si bien el Congreso se había comprometido á satisfacer, de hecho dependían de la buena voluntad de los Estados particulares, á los que la autoridad central sólo podía *requerir* á fin de que apartasen las cantidades necesarias para cubrir tan sagrada atención.

Y sucedía ahora con mucho mayor motivo lo que en los períodos más críticos de la guerra había sucedido con el ejército, es decir, que los Estados, ó no daban su contingente, ó no le permitían salir de su jurisdicción, ó no entregaban los fondos precisos para su manutención y equipo. De esta suerte, desde 1782 á 1786, el pago de los intereses de la deuda se retrasó. Acudióse á nuevos empréstitos para enjugar esta verdadera deuda flotante, y así y todo, no se consiguió pagar más que la deuda exterior representada por los veintiseis millones tomados de Francia y Holanda. En cambio la interior quedó en descubierto por más de cinco millones, y esta deuda era la del ejército, la de los perjudicados por la guerra y, en fin, la de los patrio-

tas que en circunstancias críticas habían vaciado su bolsillo en el Tesoro nacional.

Noblemente protestaba el Congreso contra la conducta de los Estados; más de dos y de tres veces adoptó una actitud enérgica, pero sin positiva consecuencia, hasta que al fin se determinó, bajo el clamoreo universal, á pedir á las antiguas Asambleas provinciales, de una parte, que estableciesen dentro de cada provincia un impuesto directo, de la manera que ellas estimasen más oportuna para hacer efectiva una cuota anual de millón y medio de duros, y por otro lado, que se le autorizara para imponer ciertos derechos en todo el país, sobre los vinos, espíritus, té, café, cacao, azúcar y pimienta, amén de un derecho de 5 por 100, ad valorem, sobre la importación de todos los demás géneros en los Estados-Unidos. Los Estados nombrarían los recaudadores de estos impuestos, pero el Congreso se reservaba el derecho de cambiarlos y deponerlos, así como el de percibir directamente los productos de las nuevas contribuciones. De esta suerte, y supuesto que los tributos proyectados durasen veinticinco años, se podría extinguir la deuda pública, á cuyas atenciones habrían de dedicarse exclusivamente aquellos productos. Además, el Congreso, por medio de una comisión compuesta de Ellsworth, Madison y Hamilton, se ocupó de organizar, de un modo serio y definitivo, la hacienda de la nueva sociedad de modo que las necesidades del gobierno fueran satisfechas regular, eficaz y dignamente, para lo cual aquellos distinguidos economistas y hombres políticos redactaron un célebre informe, dicho *Sistema de impuestos de 1783*, que ocurrió por los medios expuestos y otros nuevos, así á las necesidades ordinarias de la administración americana, cuanto á los compromisos excepcionales de la deuda.

No hay que decir que tales ideas habían de encontrar enérgica resistencia por parte de los exclusivismos locales, y que el sentido del *Sistema de impuestos* había de provocar protestas hasta escandalosas de los celosos enemigos de toda sombra de centralización. Evidentemente por el camino ideado, el Congreso, emancipándose de la absoluta dependencia de los Estados particulares, con una hacienda propia y atenciones consagradas de un modo regular y definitivo, adquiriría valor y tomaba el carácter de una verdadera institución con fin particular y determinado y medios de acción especiales y priva-

tivos. Así que la oposición al Congreso se llevó al extremo hasta los últimos días de 1785, en los cuales el estado de la hacienda norte-americana, y con él la realidad del gobierno y el porvenir de la misma nación, con tantos esfuerzos y á despecho de tantas dificultades creada, llegaron á inspirar los más graves temores á los patriotas más optimistas.

La segunda cuestión era la de los tratados de comercio. El problema era claro. Ó los Estados-Unidos perecerían faltos de toda expansión, ó tenían que establecer sus relaciones económicas y políticas con los demás pueblos del mundo conforme á los usos, prácticas y necesidades del tiempo. Inglaterra, desde luego, se mostró propicia, bien que no con el desinterés y el alto sentido político que inspiraron á Pitt el joven, ya ministro en 1783, para sostener que debían ser considerados en los puertos británicos bajo un mismo punto de vista ingleses y americanos. No se hizo esto, pero al fin se establecieron relaciones mercantiles entre la Metrópoli y las antiguas colonias al modo de las corrientes de la época entre pueblos de diversa procedencia. Lo mismo sucedió en Francia, Holanda, España, Prusia, etc., etc.; siendo de notar el tratado de 1785 entre esta última potencia y los Estados-Unidos, en el cual, adelantándose considerablemente á los tiempos, y con un sentido humano á pocos comparable, los delegados de aquellos países (entre los cuales se contaba Franklin) establecieron: primero, que en caso de guerra, los nacionales de un país residentes en otro tuvieran nueve meses para hacer efectivos sus créditos, arreglar sus negocios y salir de la nación enemiga, llevándose todos sus bienes; segundo, que en ningún caso las mujeres, los niños, los hombres de letras, los cultivadores, los artesanos, los manufactureros y pescadores que no estuviesen armados y habitasen ciudades ó sitios fortificados, pudieran ser molestados ni en sus bienes, ni en sus oficios ni en sus personas; y tercero, que nunca los prisioneros serían encarcelados, encadenados ni conducidos á remotas é inhospitalarias comarcas.

Pero todo lo acordado por el Congreso y las potencias extranjeras tropezaba con una dificultad, á saber: que aquél sólo podía recomendar su observancia á los Estados particulares, y que éstos usaban y abusaban de su libertad para establecer leyes, formar aranceles y constituir privilegios más ó mé-

nos opuestos á los tratados, y á la postre tan favorables á los Estados que lo hacian, como dañosos á los vecinos. Massachussetts, por ejemplo, prohibió que se trasportasen productos americanos en buques ingleses; Rhode-Island creó aduanas en vista, exclusivamente de su provecho, y Nueva-Jersey por un lado y la Carolina del Norte por otro (como situados fuera de la costa, y detras de Nueva-York, Pensylvania, la Carolina del Sur y Virginia) experimentaron en grande las fatales consecuencias del recargo de precio que á las mercaderías importadas imponian los aranceles de los puertos de los Estados vecinos.

De aquí las reclamaciones consiguientes por parte del extranjero, que no sabía á qué atenerse respecto de las leyes mercantiles y de los propósitos mismos de los Estados-Unidos; de aquí el justificado temor de que, ó se cerrasen los puertos del viejo mundo para los barcos y las mercancías del nuevo (y algo de esto comenzó á hacer Inglaterra en 1873 con los buques americanos), ó de que la existencia de los Estados-Unidos de América fuera desconocida aquende el Atlántico, obligada Europa á entenderse separada y particularmente con cada uno de aquellos Estados exclusivos, antagónicos y á las veces hasta irreconciliables; de aquí los disgustos, las quejas y la oposicion por parte de los pueblos del interior contra los de la costa, y las prevenciones y disputas de las comarcas ribereñas de los grandes rios, unas frente á otras; de aquí, en fin, un descontento general que á poco dió de sí la discusion pública de las ventajas que en realidad, bajo el aspecto económico, habia traído á los americanos, como tales americanos, la emancipacion de Inglaterra.

Por todo esto, el Congreso se determinó á hacer una reclamacion enérgica á los Estados. Pidió, en su consecuencia, que se le autorizase por espacio de quince años á legislar sobre materia mercantil en todo el país, prometiéndose entablar relaciones formales y fecundas con las demas naciones bajo el pié de la reciprocidad comercial. Pero tales reclamaciones y tales propósitos se estrellaron contra la frialdad de las Asambleas provinciales, y el mal continuó creciendo hasta llegar á lo intolerable.

La tercera cuestion vino á aumentar las dificultades con un vigor y un escándalo que á nadie se pudo ocultar la gravedad de la situacion. Como ántes he indicado, habíase

convenido en 1783, por parte de la Gran Bretaña, el abandono de todas las plazas fuertes y posiciones militares que los ingleses ocupaban en el territorio que despues del tratado de paz habia de constituir el imperio de la naciente república; por otro lado, habíase resuelto que de ninguna suerte influyera la guerra anglo-americana en la existencia y término de las relaciones mercantiles de carácter particular que mantenian ántes y durante el conflicto americanos é ingleses en el interior de los Estados-Unidos. Pues bien, á despecho de este acuerdo, algunos Estados resolvieron, ora que no se pagasen las deudas contraídas por los americanos hasta que los ingleses hubiesen abandonado completamente el país, ora que no se pagasen más los intereses, ora que se pagasen aquéllos y éstos en tierras; y todo aparte de las leyes que, ya declaraban á los que hubiesen tomado parte durante la guerra por los ingleses incapaces de ejercer el derecho electoral y desempeñar cargos públicos, ya mantenian la confiscacion de las propiedades de los antiguos enemigos de las colonias levantadas.

Ante tales medidas, Inglaterra resolvió no abandonar los puestos militares del Oeste, y esta resolucion fué causa de que los indios que poblaban aquellas comarcas se mantuviesen agitados y revueltos, realizando más de una sangrienta incursion en los territorios orientales, al par que la opinion pública de los Estados-Unidos se alarmaba ante la posibilidad de que por este camino se renovasen las tentativas de la Gran Bretaña sobre la base del vecino Canadá, que aún conservaba, para recobrar las perdidas colonias, ya por un golpe atrevido, secundado por los descontentos que en las antiguas dependencias quedaron en 1783 ó se habian formado por las leyes intolerantes de las Asambleas provinciales, ya mediante el cansancio y las luchas interiores de la nueva república, cuyos Estados irian cayendo uno á uno en el regazo de la vieja madre patria.

Pero no habia de parar aqui la cuestion de las deudas privadas. La extraordinaria importancia de éstas se combinó con el mal-estar general del país en los primeros tiempos de la paz y bajo la influencia de las dudas y vacilaciones que, respecto del modo de organizar las nuevas sociedades, se repartian los espíritus, y á esto se agregó la aficion á revueltas y aventuras de mucha gente que ya no tenía empleo en la guerra, así como la facilidad de influir y hasta imponer-

se á las Legislaturas provinciales, que se habían reservado absolutamente la inteligencia y resolución de todos los negocios interiores, en realidad, de todos los negocios de los Estados. Por estas razones, prodújose á mediados de 1786 una gran agitación en una buena parte de los Estados del Norte, resolviéndose al cabo en el Otoño de aquel año, y en Massachussets, en una formidable insurrección que capitaneó el capitán Daniel Shays, y que duró sobre tres meses, amenazando á los demás Estados y á los intereses generales de la República por mucho mayor espacio de tiempo. El pretexto fué la necesidad de abolir las deudas, y con esta bandera fueron perseguidos y disueltos los tribunales de justicia, acusados de proteger á los acreedores, continuándose luego la resistencia abierta contra todas las autoridades, y formulándose nuevos principios de gobierno interior del Estado con un espíritu entre anárquico y comunista.

A la vista de tan grande suceso se dudó muy fundadamente que Massachussets contara por sí solo con fuerzas para sofocar la insurrección, y de otro lado no parecía claro ni exento de dificultades el particular de la intervención del Congreso en este conflicto, hasta cierto punto local, pero que indudablemente afectaba á todo el país, ora por las simpatías que el movimiento de Shays encontró en los Estados vecinos, ora por la intención de los rebeldes de apoderarse del arsenal perteneciente al Congreso, ora, en fin, por la inquietud que determinó en el ánimo de todos los americanos, que veían surgir la guerra civil y quién sabe si la guerra social, apenas abandonada por los ingleses la playa de Nueva-York. Movi6, empero, sus tropas el Congreso, dejando á cargo de Massachussets el acometer y perseguir á los insurrectos dentro de aquel Estado, y de esta suerte, y no sin derramamiento de sangre, la rebelión concluyó á principios de 1788, después de haber dado margen á que los indios del Oeste se agitasen y aun invadiesen los territorios más lejanos y despoblados. Pero de todas suertes, si la perturbación material terminó, no sucedió lo mismo respecto de la alarma producida en todos los espíritus, pues al fin y al cabo subsistía la posibilidad de análogos conflictos al de 1786 y 1787, por la carencia de un poder central, fuerte, que sin detenerse en susceptibilidades y reservas, pudiera ocurrir enérgica y oportunamente á todas aquellas dificultades, cuya trascenden-

cia á la vida general de la nación era positiva, por más que á primera vista pareciese de muy distinta manera.

Mientras los conflictos de que vengo hablando traían de un modo irresistible á la conciencia pública la idea de la organización seria y definitiva del país, el Congreso era solicitado de un modo directo para establecer su autoridad sobre determinadas comarcas, de tal suerte, que no cupiese la menor duda acerca de su realidad y valor propio, afirmándose así en la esfera de los hechos un antecedente de inmensa trascendencia en el ánimo público, ya predispuesto, por las causas á que me he referido, á crear un verdadero gobierno nacional. Con el fin de proveer de recursos financieros al Congreso, de suerte que, con los menores sacrificios posibles por parte de los Estados, fuesen atendidos la deuda pública y los gastos generales del país; y de otro lado, para cortar las discusiones entre los Estados, respecto de sus respectivos límites, resolvieron aquéllos ceder al Congreso grandes territorios situados al Oeste más allá de los montes Alleganhi, sobre el Ohio y el Mississipi, y destinados á servir de emplazamiento á Estados tan importantes como los actuales del Ohio, Kentucky, Tennessee, Indiana, Illinois, Michigan, etc.

Aquellos territorios vinieron á ser, mediante estas cesiones particulares, el verdadero territorio nacional, sometido directamente al Congreso, y para el cual éste tuvo necesidad de legislar, de tal suerte, que su legislación puede ser calificada de la más genuina expresión del espíritu liberal y democrático que engendró é hizo llegar á feliz término la gran revolución americana del siglo xviii.

Aquella legislación se titula *Ordenanza para el gobierno del territorio Norte-Occidental*. Comprendía sólo seis artículos. Por ella se establecía que hasta que el número de pobladores adultos de aquella vasta comarca excediese de cinco mil, todos los poderes—legislativo, ejecutivo y judicial—radicarán en un gobernador y tres jueces, y un secretario, de nombramiento del Congreso, al cual serían sometidas para su aprobación las leyes y reglamentos por aquéllos hechos. Cuando el número de habitantes excediere de la cifra referida, se constituiría una Asamblea general, compuesta de gobernador y de dos Cámaras, llamadas Consejo legislativo y Cámara de representantes, éstos últimos elegidos por los residentes en el territorio

que fueren ciudadanos americanos y disfrutasen una propiedad de cincuenta acres de tierra. La Cámara de representantes tendría el derecho de enviar al Congreso un delegado, con voz pero sin voto.

Pero cuando el número de pobladores llegase á sesenta mil, la comarca que alcanzara este grado de desarrollo podría constituir un Estado al igual que los trece primitivos de la Union, siempre sobre la base de un gobierno republicano y el reconocimiento de los derechos consagrados por la Ordenanza como inviolables.

Estos derechos, que desde luégo habrían de respetar en 1787 el gobernador y los tres jueces, eran la libertad de cultos, el *habeas corpus*, el jurado, la inviolabilidad de la propiedad, incluso la de los indios, etc., etc., es decir, la esencia del régimen democrático, sin las sombras de la esclavitud viva en muchos de los trece Estados.

De todos modos, en el territorio Occidental no se podrían establecer menos de tres Estados ni más de cinco.

No hay para qué hablar, señores, del alto valor y la profunda trascendencia de una afirmación tan positiva y robusta como la de la Ordenanza de 1787, venida en momentos de dudas, críticas y discusiones como las que embargaban la atención de los americanos y aún de los extranjeros de aquella época, en medio de conflictos cada vez crecientes y amedrentadores. John Jay escribía entonces á Washington: «Vamos á una crisis, á una revolución, á algo que no puedo prever ni adivinar. Pero estoy inquieto; tengo más miedo que durante la guerra». Washington decía á Jay desde su retiro de Monte-Vernon: «Las cosas no pueden por más tiempo ir como van. Es muy de temer que los hombres que valen más se disgusten del estado de los negocios y se dispongan á una revolución, cualquiera que sea. Estamos inclinados á correr de un extremo á otro... Se me dice que hombres respetables hablan sin horror de un gobierno monárquico. La palabra viene del pensamiento, y de aquélla á la acción frecuentemente no hay más que un paso». Y lord Sheffield, el jefe del ministerio inglés que en 1783 con más energía y mejor éxito combatió las tendencias de Pitt el joven respecto de América, exclamaba: «Ved la anarquía que reina en América. De esa confusión no saldrá jamás un imperio. Para que todas las colonias se reuniesen contra nosotros, ha sido preciso una causa exterior, un sufrimien-

to cuya fuente estuviese lejos. Abandonadas á sí mismas, se dividirán. La gente de Nueva-Inglaterra—gente inquieta y turbulenta, tan desagradable dentro de su casa como fuera—querrá dominar al Sur. El Sur no se dejará dominar: los Estados del centro se interpondrán. Todo caerá hecho polvo, y vereis á los de Nueva-Inglaterra huir del gobierno que ellos mismos han formado, refugiarse en el Canadá é implorar la protección de este gobierno británico, del cual con tanta amargura se han dolido».

Todo, pues, se disponía para sacar á los espíritus americanos de la incertidumbre y de la alarma en que los tenían la impotencia del Congreso, la actitud recelosa y discolpa de los Estados, y el malestar político y económico de todo el país, que había llegado al último grado posible. Así que, coincidiendo el paso dado por el Congreso con su Ordenanza sobre el Oeste, para demostrar prácticamente lo que era la lógica de la Revolución del 76, y lo que debía ser un gobierno, así se ve que los Estados en 1787 se deciden á aprobar el *Sistema de impuestos de 1783*, y aunque todavía Nueva-York resiste, al fin también accede á ello, reservándose, empero, la facultad absoluta de nombrar y mover los empleados. De este modo, los Estados-Unidos tendrían una hacienda, y en verdad que era hora, porque ya el papel moneda estaba despreciado hasta lo indecible y se había entrado en la bancarota.

Desde aquí se pasó á discutir en serio las rivalidades y oposiciones de los Estados por razón de aranceles, navegación de ríos, derechos de puertos y, en fin, toda clase de intereses económicos. Virginia y Maryland habían puesto sus diferencias sobre la navegación del Potomac, del Pocomoke, y aún de la bahía de Chesapeake, en manos de comisionados, que se reunieron en Alejandría hacia 1785, y consultaron luégo con Washington en Monte-Vernon. De allí salió un arreglo que animó á la legislatura del primero de aquellos Estados para excitar á todos los demás á que nombrasen representantes, para que en Junta general estudiaran y resolvieran la gravísima cuestión del comercio de los Estados-Unidos de América. La idea pareció aceptada en 1786, pero á Annapolis, donde debían congregarse los comisionados en Setiembre, no concurrieron más que los de cinco Estados: Nueva-York, Nueva-Jersey, Pensylvania, Delaware y Virginia. El fiasco era evidente, pero la idea traía tal fuerza,

sosteníanla tales hombres, respondía de tal suerte á lo angustioso de la situación, que la Convención de Annapolis, lejos de desmayar, se decide á dar un paso de inmensa trascendencia. Declara que las dificultades no procedían sólo del estado económico del país; denuncia osadamente la deficiencia de los Artículos de la Confederación de 1778, y propone la reunión de una nueva Junta en Filadelfia, el segundo lunes del mes de Mayo de 1787, para acordar las medidas que, luego de aprobadas por el Congreso, habían de ser sometidas á convenciones ó juntas particulares de los Estados para obtener la sanción del pueblo americano entero.

Y así sucedió. Los esfuerzos de Jhon Jay y Alexander Hamilton (que en este patriótico empeño llevaron la alta dirección) produjeron al fin la Junta de Filadelfia, de donde salió, al cabo de los tres meses y medio, el proyecto de Constitución, que hoy mismo es la base del Derecho político de los Estados- Unidos. Fácil es comprender que la cosa tropezaría con tremendas dificultades. Más de una y de dos veces la Convención (en cuyo seno figuraban los primeros políticos de la época,—Washington, Franklin, Jay, Hamilton, Randolph, Morris, Adison, etc., etc.) estuvo á punto de disolverse, pero al fin todos cedieron; el proyecto, apesar de no satisfacer á ninguno (dato importantísimo y sobre el que todos los historiadores de los Estados- Unidos llaman la atención), fué firmado por todos, á excepcion de Randolph y Mason (de Virginia) y Ellbrigge Gerry (de Massachussetts). El Congreso pasó inmediatamente el proyecto á las Asambleas de los Estados, las cuales nombraron sus Convenciones particulares, y aquí se volvió á dar la batalla, ofreciéndose el singular caso de que alguno que como Randolph, el autor del primer proyecto constitucional, se había negado en la gran Convención á suscribir el proyecto aprobado, tomara ahora como deber patriótico el recabar la adhesión de los Estados para salir de la crisis. Un año duraron aquellos debates (desde Julio de 1787 á Julio de 1788), cuyos pormenores se registran en los cuatro volúmenes conocidos con el nombre de *Elliot's Debates*, y de los cuales son vivo comentario y superior espíritu las cartas políticas escritas y publicadas en la misma época por Jay, Hamilton y Adison, y que reunidas despues han venido á formar el primer libro de Derecho público norte-americano: *El Federalista*.

El Delaware rompió la marcha aprobando el proyecto constitucional en 7 de Diciembre de 1787: á poco vinieron Pensylvania y Nueva-Gersey: Georgia y Connecticut lo votaron en los primeros días de Enero siguiente, y en 26 de Julio de 1788 lo sancionó el último Estado: Virginia. Digo mal, porque aún quedó fuera el microscópico Rhode-Island, que apesar de todo no entró en la Union hasta 1790.—La lucha había sido terrible, sobre todo en Massachussetts y Virginia. Allí se habían alzado en contra del proyecto voces tan autorizadas como las de Samuel Adams (el gran incendiario), aquí las del ardiente Patrick Henry, de Jefferson, de Monroe, de Mason. Pero al fin se llegó á una avenencia, reservándose los opositores, y aún algunos de los abogados del proyecto, modificarle luego de promulgado como Constitución del país, por los medios que el proyecto mismo establecía. Así se pudo proceder en el mes de Diciembre de 1788 á la elección de los miembros del nuevo Congreso y de los electores presidenciales. Así pudo el 4 de Marzo de 1789 reunirse el Congreso, y el 30 de Abril prestar Washington el juramento, como presidente de los Estados- Unidos, para cuyo cargo había sido proclamado por el Senado el 4 de Marzo. La *Nación americana* estaba hecha.

No me cumple ahora, señores, explicar ni el espíritu ni el plan de la Constitución de los Estados- Unidos de América, con sus siete artículos y veintiuna secciones, y sus sesenta y seis párrafos. Y mucho ménos he de discurrir sobre las dos tendencias que con motivo del proyecto constitucional se evidencian y constituyen el punto de partida de todas las posteriores crisis de la jóven República hasta llegar á la tremenda de 1863, ni, en fin, he de mostrar el diferente espíritu que inspiraba á los que, decidiéndose al cabo por el proyecto, se reservaron modificarle por medio de enmiendas que, en efecto, propusieron en el mismo año de 1789, en 1794 y en 1803, y lograron respectivamente en 1791, 98 y 1804. La materia es larga y su exámen no de este momento. De ella y de toda la obra ideal de la revolución americana me he de ocupar en la lección siguiente. Basta por hoy con llamar la atención sobre el profundo sentido político demostrado por el pueblo norte-americano en este último período de dificultades; sobre el número y la valía de sus hombres de pensamiento y sobre la poderosa lógica con que la revolución, despues de haber dado la fórmula de los *Derechos del*

hombre, llegó á asentar la nueva *nacionalidad*, ideas ambas características de la evolución política contemporánea.

RAFAEL M. DE LABRA.

BASES CIENTÍFICAS

PARA LA EDUCACION FÍSICA, INTELECTUAL
Y SENTIMENTAL DE LOS NIÑOS.

IX

PUERILIDADES.

Es una Villaseca, como otra cualquiera, con la diferencia de tener algo distante el ferrocarril, como sucede con la célebre ciudad de Orbajosa, perteneciente, como aquélla, al mapa ideal de España, iniciado por Perez Galdós, el cual, y dicho sea en honor de la verdad, lleva mucho más adelantadas sus disquisiciones que la comision del mapa geológico de la Península. No sé á ciencia cierta que se llame del modo indicado, pero puedo afirmar, seguro de que cierta respetable persona estará conforme conmigo, que el aspecto de la aldea no es muy agradable que digamos, cuando se asoma la vista por encima de los hombros del mayoral, y á traves de una nube de polvo se divisan unas cuantas casas contrahechas y abrumadas de cansancio, rodeadas de algunos árboles que se mueren de sed á dos pasos de un riachuelo vergonzante. En medio de tanta aridez se levanta, como convaleciente de grave enfermedad, una viejísima iglesia, ocupada en remozarse y adquirir aires de catedral, merced á un cuantioso legado, y á la cual hacen guardia de honor ciertos caserones muy históricos y ruinosos, á cuya sombra yacen abandonados, á modo de osamentas carcomidas, conventos vacíos, de varias órdenes, especies y categorías. Junto á tanta desolacion, la naturaleza ha dispuesto colocar extensas viñas y fecundos olivares, los cuales dan vida á esta curiosísima Villaseca.

Confiesen mis lectores que todo lo apuntado, ni es práctico, ni parece guardar relacion con el objeto que me propuse al tomar, mal de mi grado, la pluma, ya que, segun pensarán muchos, el epígrafe de este artículo armoniza con mis recuerdos, no del todo inoportunos.

La Villaseca que visité con mi querido y venerable maestro, el Dr. M., tenía habitantes, almas, como dicen en los diccionarios estadísticos, y, por lo tanto, debia haber tambien niños, médico, maestro, cura párroco, alcalde de monterilla, acompañamiento de caciques, y coro de ambos sexos. Efectivamente, todo esto latia bajo aquel caparazon de cal y canto. Por una circunstancia imprevista entramos en la escuela, es decir, en un local reducido donde se albergaban de prestado doscientos niños y otras tantas niñas, todos descalzos, mal cuidados, pero robustos y casi limpios. A no ser por nuestro deseo vivísimo de conocer en detalle las desventuras de nuestra patria, no nos hubieran hecho atravesar el exjardin de uno de los conventos, hoy patio de recreo, y no hubiéramos experimentado una sorpresa inmensa.

En efecto, ¿es creible que en un pueblo donde los *indigenas* se embriagan casi constantemente y yacen en un estado espantoso de coma intelectual, exista una escuela de párvulos, oculta como violeta nacida en un cementerio, y donde se nota el alentar débil de las ideas modernas? ¿Podremos comprender que mientras cientos de celosos defensores de las altas instituciones y de las sanas ideas ignoran los más elementales principios de la cultura general, sus hijos demuestren conocimientos de gran utilidad para la vida, y sobre todo, lean, cuenten, escriban y entonen cánticos con una afinacion tan sorprendente como enternecedora?

¿Cómo habíamos de suponer que un muñeco de tres años, de mirada inteligente y robustez á prueba de indigestiones de todo género, nos dijera mil cosas que revelaban una facilidad de comprension notable? ¿Cómo permanecer inalterables ante aquellos niños que cruzando las manos unian sus voces argentinas en la cancion sencilla con que se finalizaban las tareas escolares! Confieso sin rubor que me enternecí... que lloré, sobre todo al ver que se deslizaban dos gruesas lágrimas por el severo rostro de mi sabio maestro, un hombre modesto con un corazon de oro y un cerebro sublime, bajo un continente frio y reservado.

Lloramos, sí,—¿por qué negarlo?— Aquellas infelices criaturas temian salir de la escuela; pues allí encontraban un tablado, menos frio que la tierra seca, donde poner los piés descalzos; un jardin donde jugar, el cual estaba dividido en pequeñas porciones culti-

vadas por ellos; un maestro cariñoso que les inculcaba los primeros preceptos de la higiene y de la urbanidad, obligándoles á lavarse cuidadosamente ántes de entrar en clase, y enseñándoles á respetarse y quererse mutuamente; por lo tanto, cuando volvian al hogar, donde reinaba el desorden y otras cosas peores, su desconsuelo debia ser inmenso.

Aquel oscuro sacerdote del magisterio me infundió un respeto inmenso. Era un apóstol de la ciencia predicando en la necrópolis del sentido comun. Mientras los ricos reedificaban con todo lujo la venerable iglesia, él, pobre y solo, colaboraba á la gran obra de hacer hombres. Mientras él inculcaba en el ánimo de los pequeñuelos el respeto á la propiedad y el amor al prójimo, los padres, fanáticos, eso sí, pero ignorantes é ingratos, murmuraban de los que daban trabajo al pueblo en trujales y bodegas, y estaban siempre dispuestos á precipitarse ciegos á esa lucha homicida que ha devastado durante tanto tiempo nuestro suelo.

¿Comprenden mis lectores por qué salimos derramando lágrimas de aquella Villaseca el doctor M. y yo? ¿Conciben el alcance de estas y otras *puerilidades* parecidas?

El desconsuelo era aún mayor al recordar las escuelas de la nacion que acabábamos de abandonar; esa Francia con quien hacemos lo que con los envidiosos, tan abundantes por el mundo, quienes reniegan de todo el que vale, pero parodian sus defectos de un modo inconsciente y ridículo.

Nada hay tan difícil como ser un buen maestro de párvulos. Así lo comprendió nuestro inolvidable Montesino, médico distinguido, incansable propagandista de la educacion del pueblo, y fundador de las escuelas de párvulos en España (1).

En este sentido vemos escritos los principios pedagógicos de Rousseau, las valiosas indicaciones de Montaigne y Locke y las primeras reglas de Hufeland, todo lo que vemos perfectamente reasumido en los trabajos de Fröbel, que irán desterrando radicalmente de la escuela de párvulos la fatídica sombra del dómene, levantarán al pobre niño del

(1) Don Pablo Montesino nació, en 1781, en Zamora, muriendo en 1849. Sus obras más importantes fueron: «Manual para los maestros de las escuelas de párvulos» y varios escritos sobre la «educacion del pueblo». Fué el primer director de la Escuela Normal central. (V. su Biografía por Don Juan de Macías y Juliá, distinguido pedagogo que ha editado un busto de aquel insigne bienhechor de los niños.)

banco que entumece sus miembros, darán aire puro á sus jóvenes pulmones, y no agarrarán una inteligencia delicada con incomprendibles y oscuros conceptos.

Las ideas del gran filósofo Herbert Spencer (1) son las mismas, en el fondo, que las del insigne ginebrino: ambos creen que una educacion racional es aquella en que se combina lo objetivo con el desarrollo subjetivo del espíritu, convencidos de que no se puede exigir á la inteligencia infantil otra cosa que nociones vagas é incompletas de las cosas, *crudes notions*, como diria el pensador inglés. Esta identidad depende de que las grandes reformas, como las grandes ideas, no son patrimonio exclusivo de un solo hombre; brotan á la par, de nobles inteligencias, elevados sentimientos de caridad, y vienen casi siempre á unirse los esfuerzos de unos y otros, en comunión admirable, en íntimo fraternal consorcio.

Por lo que respecta á la instruccion de los niños, Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre, Kant, Basedow, Pestalozzi, Fröbel, Bain y otros muchos, se completan.

Leyendo con cuidado las obras de dichos autores, se ve que la pedagogia y la psicología infantil están inseparablemente unidas, desde que todos se hallan conformes en sostener que la inteligencia se asimila más principalmente lo que ella de por sí descubre, pasando el espíritu del niño, esa *débil esperanza de alma*, como dice Dupanloup, de un modo gradual desde lo simple á lo complejo, de lo definido á lo indefinido, de lo concreto á lo abstracto, de lo empírico á lo racional, siguiendo, en fin, paso á paso la naturaleza.

Aunque hallemos en Rousseau ciertos detalles poco en armonía con la vida social, como sucede al negar la importancia de la emulacion, en cambio, hay en sus obras muchas observaciones que pudieron muy bien inspirar á Saint-Pierre, al tierno autor de *Pablo y Virginia*, la idea de crear *Escuelas de la patria* (2), esbozos de los *Jardines de la infancia*, que más adelante hemos de examinar, al propio tiempo que inducir á Kant al estudio de la «cultura física del alma, y de la cultura moral ó educacion de la voluntad», acerca de lo que pensó con tan buen acierto el eminente filósofo. Los restantes pedagogos citados están

(1) Herbert Spencer.—«L'education.»

(2) «Etude sur la nature». 1784.

—Vœux d'un solitaire pour une education nationale. 1789.

perfectamente de acuerdo en los principios científicos sobre que se asienta la educación física, intelectual y sentimental, la cual ha de ser la armónica evolución de las humanas facultades (1).

Pestalozzi es enemigo del libro impreso, y da á sus alumnos por único texto las hermosas páginas de la naturaleza y del arte. Recoge los huérfanos, los desvalidos, y abraza con entusiasmo una vida oscura y pobre, no la del harapiento mendigo, sino la del agricultor, del obrero y del maestro á la par. En Verano enseña á su pequeña familia el cultivo del campo; en Invierno les recoge en el taller, y en todo tiempo les enseña, anima y aconseja; en una palabra, la escuela está siempre abierta, es deseada, y no sirve de cárcel, ni cansa nunca.

Hay más todavía: aquellos niños, los unos pobres, ricos los otros, entre quienes no existía antes más que una antipatía invencible, inspirada por las infranqueables distancias sociales, se aman ya. Al incendiarse Alfort, el maestro les reúne, les hace ver la precaria situación de los pobres huérfanos que han sobrevivido á la catástrofe, y aunque les advierte que tendrán que comer menos y trabajar más, se apresuran todos á admitir unos compañeros á quienes muy en breve darán el nombre de hermanos.

¿Se comprende bien el alcance y la importancia de este acto, y la necesidad de pensar en educar en los niños el sentimiento?

Sin embargo, Pestalozzi fué acerbamente criticado por sus eternos enemigos del mérito perseverante y apostólico de los hombres de corazón y de talento, y tras muchísimos desengaños logró implantar su sistema con sólidas bases, toda vez que un ilustrado gobierno de Suiza, en 1802, declaró que había encontrado *las leyes universales de toda enseñanza*.

No está en nuestro propósito hacer una biografía de este bienhechor de la infancia, cuya idea predominante era que el hombre en sus primeros años es bueno, educable, que sus aptitudes deben ser estudiadas, y sus inclinaciones corregidas convenientemente, á fin de que la sociedad reciba en su seno individuos útiles á la misma y aptos para constituir más tarde una familia honrada y virtuosa.

Froebel fué uno de los que acudieron á vi-

sitar la escuela de Iverdon, donde la enseñanza mutua y el sistema Pestalozzi, un tanto modificado, se hallaba establecido. En efecto, aquello difería de la primitiva escuela de Neuhof, en donde existía aquella meditada trilogía (el taller, la cultura y el estudio) puesta en práctica según las estaciones, como ya hemos indicado. Dicho pedagogo, amante de la naturaleza, ingeniosísimo, y como buen alemán, paciente y reflexivo, estudia la principal tendencia del niño, su primera actividad; ve que imita cuanto se hace junto á él, advierte que la belleza está en las formas elementales para esa inteligencia tiernísima y delicada, y por último, dedica toda su atención á reunir en el mismo materiales para que construya, á fin de que se convierta en un creador en miniatura, fundando sus célebres *Kindergarten* (jardines de la infancia), por fortuna casi aclimatados en España (1).

Uno de los profesores que primero plantearon en Madrid este método de enseñanza fué D. Juan de Macías y Juliá, maestro de párvulos en el Hospicio, consiguiendo hacer de su escuela un sitio ameno para los pobres niños desamparados, la cual no pueden visitar sin emoción los verdaderos amantes de la infancia desvalida. Quisiéramos disponer de tiempo suficiente y condiciones especiales para describir, siquiera fuera sumariamente, la disposición y arreglo interior de dicha escuela, que no vacilamos en señalar como modelo digno de ser imitado.

De todas suertes, la idea que dejamos apuntada no podría ser más natural y lógica, sino encerrara en sí algo de sublime. Examine cualquiera las tendencias del niño y observará, en primer lugar, que le agrada todo lo que es sencillo; un aro, una esfera de marfil tienen para él cierto encanto; en cambio las cosas complicadas, como los juguetes mecánicos, le causan cierta desazón intelectual que se traduce por la inmediata destrucción de los mismos. Más tarde, con un lápiz en la mano, ó ante un montón de tierra, tratará *grosso modo* de representar una figura ó de hacer que surja de la masa informe algo que se parezca á una construcción. Su gozo al contemplar tan efímeras obras no tendrá límites; su actividad, que tampoco los tendría, deberá entonces ser útil y sabiamente encauzada.

Por último, cuando encuentra con el libro el encanto consiguiente y se empieza á fami-

(1) Este es el sistema nacional prusiano de la educación. V. Donaldson.—«Lectures on education», pág. 38.

(1) V. Alcántara García. Loc. cit.

liarizar con esos amables y constantes compañeros de la juventud, se notará que lee siempre con placer y avidez las historias pintorescas, las aventuras de Robinson y demás ingeniosísimos habitantes de islas desiertas, siguiendo paso á paso, y sin perder ni una línea, las sucesivas creaciones y perfeccionamientos de objetos que la industria moderna exhibe, y que aquellos seres desvalidos pero inteligentes idearon para satisfacer sus necesidades del momento.

Todo esto indica la excelencia del procedimiento y las ventajas de un método de enseñanza que inicie al niño paulatinamente por un camino tan recto como ameno, al final del cual encontrará sin cansancio el peristilo del palacio de las ciencias ó las artes, donde es preciso que penetre con fe y con entusiasmo.

¡Ah, si todos los jóvenes llevaran ese precioso gérmen de investigación y perseverante exámen analítico en la inteligencia, otra suerte sería la del arte y la de la ciencia humanos! ¡Cuán pocos hay que no sólo conozcan los rudimentarios procedimientos de las industrias más comunes, sino que respeten, ya que no imiten, la bienhechora actividad de los escasos hijos del trabajo!

Pero volvamos al niño. Ponerle en condiciones abonadas para que cree *algo* es abrirle de par en par las puertas de las artes manuales, que podrá perfeccionar; porque (convénzanse los que niegan las ventajas de esa *educación de manos*, aplicada en los primeros años á la confección de objetos de recreo) sólo de esta suerte logrará conseguir la tan envidiada habilidad quien desee ser buen obrero.

Al propio tiempo, el niño aprende también á construir y no á destruir, experimentando la suave fruición que toda obra inspira á su autor. Púédense también estudiar y desenvolver, por este sistema mixto de enseñanza, las diferentes aptitudes de los niños, problema importantísimo que interesa, como ya dijimos, á la familia ó al benéfico instituto en cuyo seno se encuentra el futuro ciudadano. En una palabra, según nuestra modesta opinión, este sistema tiene ventajas tan positivas, que sólo la pasión ó la rutina pueden hacernos desecharlo.

«La escuela, como ha dicho con elocuencia la Universidad de Madrid por boca de uno de sus más ilustres profesores (1), ha de ser

(1) Dr. Martínez Molina.—Discurso de apertura del curso de 1878 á 1879.

el aprendizaje de la vida.» Por lo tanto, en ella deberá haber movimiento, enseñanzas variadas y hábilmente elegidas, para que ninguno de los niños deje de tener las útiles nociones de variados conocimientos, tan necesarios para formar parte de la sociedad.

Bien poco galardón merecerá el maestro que presente discípulos toscos y groseros, quienes con el temor que inspira el bárbaro castigo corporal ó la indigesta posesión de palabras no comprendidas, vayan desensartando ante el pacientísimo oyente una descabalada serie de preguntas, escasas de lógica las más veces, como sucede con algunos de los clarísimos textos que se ponen en manos de los niños. Y formará donoso contraste advertir que quien acaba de dar, por ejemplo, una definición teológico-psicológica de la *concupiscencia*, ó mencionado con matemática exactitud las palabras pronunciadas por la célebre burra de Balaam, no conozca la hora que señalan las agujas de un reloj, tenga una ortografía escandalosa y se admire al ver el animalejo más vulgar, amén de otras muchas piadosas ignorancias.

¿Para qué se quiere más ciencia que la indicada? ¿más arte que los *bellísimos* grabados ó *vistosísimos* cromos que adornan libros y aulas? ¿A qué más armonía que las desentonadas voces en forma de plegaria que se disparan diaria ó hebdomadariamente á la divinidad? ¿A qué más gimnasia y cultura que los empellones y palmetazos á granel, dados con la sana intención de calmar la mareante actividad de seres en pleno desarrollo?

—¿Y la disciplina?—preguntarán atribulados algunos pedagogos del antiguo régimen, —¿dónde me deja usted la disciplina?

Muy joven soy para contestarles con verdadero conocimiento de causa, pero va á hacerlo por mí el Sr. Fernandez de los Rios, que en un trabajo reciente refiere antiguos recuerdos escolares.

«Entendíase por *disciplina*—escribe—no el arte de instruir, sino un conjunto de medidas represivas dirigidas á encoger más bien que á desarrollar los caracteres, exagerando los defectos de la naturaleza humana, viendo en el niño un ser que venía al mundo dotado de malos instintos y deplorables tendencias, y desconociendo así la utilidad de la instrucción, como medio de llegar al perfeccionamiento; no se miraba la educación sino como medio de reprimir, y ni siquiera se intentaba convertir en cualidades los defectos infantiles, empezando por la cu-

riosidad instintiva y la viveza de imaginación, calificada de ligereza. No se cuidaba la pedagogía—añade—de dirigir el ánimo y el corazón con firmeza; pero sin la adusta severidad que suele erigir al maestro en enemigo nato del discípulo, no procuraba ganarse la confianza, el respeto y el afecto que se logra haciendo penetrar en el tierno corazón de los niños las ideas de justicia, derecho y deber sobre que las sociedades reposan.

La prudente máxima que declara preferible prevenir á castigar, se hallaba completamente eclipsada por el aforismo brutal de que *la letra con sangre entra.*»

El sistema de educación que tenga por objeto hablar ántes á los sentidos del niño que á su entendimiento; el que enriquezca su cerebro con las denominaciones de los objetos más comunes y usuales de la vida, ofreciéndoselos á su vista, ora materialmente, ora con el dibujo, con el relieve, con cuantos medios sean susceptibles de reproducir fielmente los objetos naturales; «el que instruya sin aparato» (1), y reuna la cultura física con la intelectual y la sentimental, ejercite la memoria hábilmente, inspirando por cuantos medios sea posible el sentimiento de lo bello, el amor á lo verdadero, lo bueno, y el afecto hacia el prójimo, será, sin duda alguna, el preferible.

El más hermoso ideal en las cuestiones de educación, es hacer en lo posible del individuo, como dice James Mill (2), un instrumento de felicidad, primero para él, después para sus semejantes.

En una obra moderna (3), que hará mucho bien al difundir tan sanas doctrinas, hallamos estudiados con detención y sumo cuidado cuantos detalles son inherentes á tan importante asunto, proclamándose muy alto la dulzura y la persuasión como procedimientos, las lecciones sobre las cosas como aplicación inmediata de las explicaciones, y los delicados resortes morales para reprimir y castigar.

Tenemos gran satisfacción en manifestar públicamente que en España, una corporación ilustre, tanto por el objeto de su instituto como por las inteligencias que colaboran á tan elevados propósitos, la *Institución libre de enseñanza*, practica con excelente

éxito este método, haciendo excursiones de todo género alumnos y profesores, ya por los jardines botánicos, gabinetes de historia natural y museos para conocer las maravillas de la naturaleza y del arte, ya por las fábricas y manufacturas, donde adquieren aquellas nociones que tanto echábamos de menos hace poco. En una palabra, utilizan cuantos medios son posibles para que la instrucción sea una verdad y la Institución un centro de cultura digno de ser protegido y respetado (1).

Si hubiera lugar, indicaríamos algunos procedimientos que simplifican mucho la adquisición de la lectura, de la escritura, etc.; baste decir que el sistema Fröbel, hijo de los principios de Rousseau y de los principales pedagogos, y tal como la pedagogía moderna lo plantea (2), concilia las inclinaciones del niño, atiende á su desarrollo, mereciendo bien de la ciencia, toda vez que la fisiología revela claramente que no se debe trastornar la evolución de órganos delicadísimos que en cambio reclaman una higiene racional y meditada, lo mismo del padre que del maestro. Así como los alimentos modifican el funcionalismo y hasta la manera de ser de ciertos individuos, las primeras nociones de la educación dejan perenne huella en el hombre.

Cultiven científicamente los maestros las inteligencias infantiles, y habrán redimido de la penosa esclavitud de la ignorancia las nuevas generaciones, destruyendo la rutina y desterrando la superstición de la mente humana.

Y si pensamos, ya que cosas *pueriles* nos preocupan, en los pobres niños abandonados, de origen desconocido, ignorados gérmenes de hombre, que la beneficencia recoge y disemina después en la sociedad, díganme todos los que mediten siquiera un momento acerca de lo ya indicado, cuánta importancia no tendrá una excelente crianza para esos seres desamparados, que probablemente se agitarán en esferas inferiores, es cierto, pero siempre respetables cuando existe en ellas la honradez y el trabajo.

Sean esas diputaciones y esas magnánimas juntas las verdaderas y legítimas madres de tanto infeliz pequeñuelo, que aún cuando (de tres á seis años) canten, jardineen, estarzan soldados y pongan en prácti-

(1) Martínez Molina.—Discurso citado, pág. 52 y siguientes.

(2) En la «Encyclopædia británica».

(3) Bain.—«La science de l'éducation.»

(1) Remitimos á los lectores que deseen más detalles al «Boletín de la Institución libre de enseñanza».

(2) Véanse las obras del Sr. Alcántara García sobre Fröbel.

ca las sublimes *puerilidades* de Pestalozzi, Fröbel ó Montesino, no por eso dejarán de experimentar más tarde un inmenso vacío en su corazón, si no se les hizo sentir, si no se les amó, si guardan indelebles señales del látigo, esa disciplina servil y cruel, que forma crueles serviles.

¡Felices los que sepan inculcar nobles ideas en tales niños, y les dieran asimismo un caudal de conocimientos útiles! ¡Felicísimos aquellos laboriosos y modestos profesores que descubran, auxiliados del medio más científico y racional, el brillante destello de alguna inteligencia superior rescatada por la caridad del profundo mar del olvido, como ántes del negro abismo de la muerte, estimulando su predilecta vocación y haciendo que el mundo admire á quien, purgando ajenas culpas, sólo le inspiraba compasión!

Protejan los gobiernos la infancia, mejor dicho, protejámosla todos, y conseguiremos, por lo que respecta á España, que ocupe un lugar preferente entre las modernas naciones, ostentando como lema el saber, el trabajo, la tolerancia.

X

EL NIÑO CIUDADANO.

Acordarse de los gobiernos y ver girar con pausado movimiento las ruedas mohosas y crujientes de la administración pública, es cosa simultánea. Pensar en los niños abandonados, es representarse la vagancia y el vicio, recorriendo unidos con marcha irregular y vacilante las sendas tortuosas de una existencia oscura. Sin embargo, para conocer á fondo el alcance de tantas desdichas, es preciso codearse con criminales y desventurados, estudiar el origen de su situación, apreciar escrupulosamente sus impulsos, y sobre todo, tratarles con caridad, pues no en balde es axiomática la máxima: *Si quieres ser amado, ama.*

Aun cuando poco nuevo pueda decir, he tenido ocasión de hablar con personas que en diferentes circunstancias se han hallado al frente de establecimientos de beneficencia ó penalidad, y todos han estado unánimes en convenir que es una verdad lo apuntado. Por lo que á mí respecta, aún sin tomar una parte activa, pude apreciar prácticamente las causas que esterilizan todos los impulsos más generosos.

Se trataba de la creación de uno de esos

asilos que se fundan con frecuencia en España, muchas veces sin la debida meditación, pero con loables intentos, y fui uno de los que vieron llegar, en monton informe y mal oliente, el légamo social de la villa y corte, confundido con la pobreza, y mezclado lastimosamente con modestos hijos del trabajo, al destartado caseron sobre el cual aún ondeaban las banderas y gallardetes del día anterior, en que se inaugurara el asilo, donde penetraron hambrientos y desordenados cientos de seres de uno y otro sexo. Junto á un anciano paralítico, cuya ausencia era inexplicable para la familia, se hallaba una jóven procaz y deslenguada, no sé aún si recogida ó acogida; más allá un aprendiz, ignorante de su estado, empezaba á tutearse con él falso tullido; con el pobre verdadero que buscaba amparo, estaba confundido el ratero de profesión, insolente é impasible; en una palabra, el cuadro no podía ser más abigarrado y la situación más crítica; era una Corte de los Milagros, que como tempestad repentina se descargaba tronando maldiciones, llanto, risas, y sobre todo, pidiendo á gritos algo que comer, no con la exasperante rutina de costumbre, sino por hambre. Muchos de ellos, seguramente, decían con verdad por primera vez que no habían comido en veinticuatro horas.

Relatar numerosos episodios, dignos todos de estudio detenido, sería inútil; baste saber que la inmensa mayoría de los asilados eran seres inconscientes, que obraban mal porque no conocían otro modo de vivir; pedían limosna por rutina, robaban por costumbre, y sentían ya una verdadera necesidad de estar en perfecto estado de vagancia.

Contrastaban profundamente los pobres niños, deseosos de aprender, inactivos, y escuchando con avidez las hiperbólicas relaciones de los mayores. Las mismas niñas manifestaban su disposición á toda clase de labores, revelando inteligencias claras. Sin embargo, todos aquellos gérmenes reunidos de un modo fortuito, debían perderse por siempre para el bien.

¿De qué depende esto? Sólo y exclusivamente de la indiferencia con que se miran las reformas radicales de la enseñanza pública, y de la falta de unidad en el modo de considerar las cuestiones de beneficencia.

Ya es hora de que desaparezcan de las calles tantos millares de niños, entregados á sus instintos, sin que haya nadie que les indique el camino de la honradez. Es indis-

pensable que existan centros de corrección donde se repriman las malas tendencias, y en fin, bajo todos los puntos de vista, ningún hombre pueda ser culpable por la fatalidad de las circunstancias que le rodeen, sino por la fuerza de su voluntad.

Una de las primeras disposiciones de más importancia que se han promulgado últimamente, con inmensa satisfacción de los amantes de la infancia, ha sido la *Ley para la protección de los niños* (1). En virtud de ella, no se verán tantos desgraciados, víctimas de unos cuantos miserables, ejecutando ejercicios de fuerza, equilibrio ó dislocación, que á costa de innúmeras crueldades logran aprender.

No olvidaré jamás el triste cuadro que presencié casualmente en un circo hace algunos años. Era la hora del ensayo, y los llamados artistas repetían hasta la fatiga todos esos saltos y evoluciones que tanto cautivan la atención del público. Había entonces en la compañía una infeliz criatura de unos cinco á seis años, conocida de puertas afuera por un nombre retumbante y altisonoro. Para evitar molestias, no estaba colocada la red de costumbre; pero á uno y otro lado de la cintura de la niña pendían gruesas cuerdas, sostenidas por verdaderos atletas. Contar el número de veces que al caminar lentamente por la maroma perdía la pobrecilla el equilibrio, apesar del enorme balancín, y quedaba colgando, sería tan difícil como repetir las frases mal sonantes que en idioma extranjero aullaban, no pronunciaban, aquellos dos montones de músculos. ¡Qué espectáculo ver en el circo oscuro, vacío, la espléndida *estrella de los aires* cubierta de harapos, con el rostro contraído por el dolor y la contrariedad, sin la sonrisa habitual en los labios, recibiendo como premio de sus afanes, en lugar de nutridos aplausos, maldiciones horribles!

Pero todo eso no basta; es indispensable además vigilar los talleres, las fábricas, donde por un lucro mezquino se agostan tantos infelices en su infancia (2).

La enseñanza primaria obligatoria es urgente, debiendo plantearse de tal suerte que nadie eluda el cumplimiento de este deber.

Las leyes francesas (3) disponen que los

niños detenidos menores de diez y seis años reciban una educación moral, religiosa y profesional, de suerte que á los recogidos como reos de delito sin discernimiento, se les conduce á una penitenciaría, donde son educados en comun, bajo una severa disciplina y aplicados á trabajos agrícolas. Asimismo se recogen los condenados de seis meses á dos años de prisión por faltas cometidas con discernimiento, existiendo casi siempre unos 10.553 niños abandonados, de los cuales un 36 por 100 son de padres desconocidos.

¿Por qué no imitar una colonia como la de Mettray, que, en opinión de lord Brougham, es lo bastante para dar gloria á un pueblo y hasta á un siglo?

¿Acaso, como hemos dicho, no se ven niños vagabundos y mendigos á millares en la patria de Rinconete y Cortadillo?

Mettray tiene talleres de carpintería, cordelería, carretería, sastrería, zapatería, etc. De la Roquette salen excelentes ebanistas y cinceladores, y en Fontevrault y Gaillou hay manufacturas importantes, como los hilados de seda, que fomentan la riqueza é industria nacional.

No es necesario que se establezcan estas industrias en los correccionales; en el interior de aquellos palacios de la caridad llamados hospicios, que ántes mencionamos, tendría un lugar muy preferente esta educación profesional.

Algunos proyectos se han elevado en este sentido, á los que podían abrir las fuentes de prosperidad en España, por personas á quienes el propio afecto nos impide nombrar, y efectivamente... se han visto coronados sus deseos patrióticos con un expresivo voto de gracias.

Esto no debe extrañarnos desde que estamos viendo fracasar por falta de suscritores (¡en el país de las loterías y rifas!) un proyecto tan urgente como la *Penitenciaría para jóvenes*, iniciado bajo prósperos auspicios, al parecer (1). Todo ello es desconsolador.

Inglaterra estableció, despues de Francia, escuelas de reforma (*reformatories*) é industriales (*industrial schools*), donde se dió instrucción en 1874 á 31.500 niños. Los bedeles ó celadores de la infancia (*boy's beadle*) están autorizados para recoger los niños vagabundos menores de catorce años (2).

(1) «Gaceta de Madrid», 28 Julio 1878.

(2) Revilla. — La emancipación del niño, «Revista Contemporánea.»

(3) Ley de 5 de Agosto de 1850.

(1) Reciba nuestro sentido pésame el inteligente jurisconsulto Sr. Lastres, iniciador del pensamiento.

(2) Ley de 1866.

En los Estados-Unidos tienen derecho los agentes especiales (*truant officer*) á llevar los muchachos á la casa paterna (1) á fin de que vayan á la escuela. En éstas y en las orfanarias se albergan más de 100.000 niños.

Ignoramos si subsistirán en las Provincias Vascongadas los *alguaciles de los chicos*, y si en otra parte de España hay esta costumbre. Por lo que respecta á las grandes capitales, los agentes, ó no quieren ó no pueden intervenir en que los niños vayan á las escuelas, mal dispuestas en su mayor parte.

Sin embargo, sea dicho en honor de la verdad, hay algunos centros en nuestra patria con buena organizacion, que dan muy buenos resultados. Para no ser prolijos, nos contentaremos con recordar uno ya mencionado con elogio: la Casa de Caridad de Barcelona.

Ademas de la instruccion y educacion perfectamente organizada con arreglo á las ideas modernas, existen escuelas industriales de diverso género, lo cual tiene importancia para los asilados y produce ingresos en el establecimiento. Hay un dato de gran interes y que no debe pasar desapercibido: en dicho punto, las niñas son educadas para el servicio doméstico, allí aprenden el difícil manejo de una casa, y de este modo pueden despues aspirar á constituir un matrimonio honrado y ser en su esfera buenas madres de familia. La importancia de esto es evidente, si se tiene en cuenta que se trata de una falta irremediable por la Administracion, tal como tiene establecida ésta actualmente la vigilancia y proteccion de los sirvientes.

En la casa citada se albergan tambien adultos; no sucede lo propio en otros establecimientos, donde exclusivamente se reciben los niños pobres ó desamparados. Madrid cuenta con el Hospicio sostenido á expensas de la Diputacion provincial, la cual podria hacer mucho bien si se inspirara en las nociones que ántes mencionábamos. Hay grandes elementos, para plantear, sin gran esfuerzo, importantes mejoras que harian de esta casa un centro modelo.

Ni el momento es apropiado, ni contamos con espacio para desarrollar un plan de reforma; sin embargo, una de las bases que tanto en éste como en otros establecimientos análogos no se tiene presente, es que el mejor medio de tratar á los niños es la dulzura y la persuasion. Hágase agradable la perma-

nencia del niño en el asilo, y veremos con alegría que se disipan, como por encanto, esas negruras que rodean todo lo referente á la caridad. Por desgracia, se les trata mal, se les alimenta peor, siendo un espectáculo muy triste contemplar centenares de infelices atormentados por la escrófula y arrastrando una vida miserable. Mientras no se forme una verdadera familia, entre los acogidos y los encargados de su educacion y vigilancia, serán infructuosas cuantas advertencias se hagan en cualquier sentido. El mal continuará aumentando cada dia más, saldrán á cierta edad los huérfanos con la inteligencia sin cultivar y los sentimientos sin dirigir, formando en las filas de esa muchedumbre escéptica y procaz, dispuesta á todo, porque no espera en nada.

No nos cansaremos de repetirlo: las causas de la vagancia estriban, sobre todo, en los instintos de que ya hablábamos, por nadie corregidos; acreciéntanse más y más por la miseria, y se recrudecen por el mal trato, ya dentro del hogar, ya fuera. Se necesita la pluma de Dickens para relatar en detalle con vigorosas pinceladas la vida de la niñez errante por las calles, exclamando con el insigne novelista cuando perezca uno de dichos infelices: «Ha muerto, ¿lo ois, Majestad? Millores y gentlemanes, Reverendos de todas las iglesias, ¡ha muerto! Hombres y mujeres en quienes el Cielo ha puesto alguna compasion en el corazon, ¡sabed que ha muerto! ¿Y cuántos mueren así diariamente en nuestro derredor?» ¡Quién pudiera tener bastantes alientos para hacer oír una voz de alarma en todas las esferas, para salvar millares de séres de la inundacion terrible que les amenaza y les anega, peor mil veces que cuantos desastres puedan originar las más caudalosas corrientes! La ignorancia y la prostitucion se precipitan como devastador torrente por doquier; la muerte para tantos desgraciados no es un mal, la religion ya no es para ellos un bien, pues sólo esperan en la fatal llegada de la primera, sin creer para nada en la segunda. Y es que la caridad no se ejerce con bonos, ni socorros mezquinos, que degradan al que los da y al que los recibe; lo santo, lo elevado consiste en amar protegiendo, en socorrer enseñando, en educar las inteligencias para el trabajo, en dirigir los sentimientos hacia el bien.

Refiriéndonos al niño ciudadano, á aquel que todos codeamos por las calles y vemos vegetar en los asilos, no se ha de olvidar que

(1) Leyes de 1850, modificadas en 1852 y 1854.

en la actualidad carece de todos los medios indispensables para ser útil á sí mismo y á sus semejantes.

Multiplíquense las escuelas y los talleres establecidos en ellas, las cajas de ahorros escolares, ya organizadas en Avila y en proyecto en Madrid; ábranse gimnasios, foméntense las sociedades orfeónicas; en una palabra, redímase la infancia desvalida por la ciencia, la caridad y el amor.

MANUEL TOLOSA LATOUR.

(Continuará.)

LA FELICIDAD HUMANA

CUADRO DE COSTUMBRES

(Continuacion.)

—Los compañeros —añadía Domingo— siempre han ensalzado y aplaudido la delicadeza de usted en el obrar; el brillante ejemplo de alta moralidad que usted dió, produjo, entre otros resultados, el que no haya nombre más honrado que el suyo en aquella plaza; poniéndole al abrigo de peligrosas aventuras, ha conservado á sus hijos la más bella y mejor parte de su herencia. La riqueza sin el honor es el suplicio de Tántalo; la riqueza manchada con una sola falta, hecha con conocimiento de causa, casi siempre para aumentar aquélla (siquiera esa falta se halle oculta, que no lo estará, porque en el mundo tarde ó temprano todo se descubre, y cuanto más tarda en descubrirse y enmendarse, más se patentiza y más resalta, y más se agrava la situación y el hecho), es el remordimiento de conciencia convertido en materia para que nos atormente más y nos acuse mejor.

Eduardo se enorgullecía. ¡Oh! No pensaba entonces en su pobre y cotidiano traje; su padre sonreía con dulzura, no sabiendo rechazar aquellos elogios inmerecidos.

—Inmerecidos no... sólo ustedes podrán creerlo así. ¿Es posible sospechar que personas habituales á las grandes comodidades del gran mundo, tengan la fuerza de voluntad de que han hecho ustedes alarde? El mismo Eduardo aceptó el trabajo y la privación en cambio del placer... Ya es hombre, é in-

dudablemente será honrado por los buenos.

—Lo que acaba usted de decir significa— contestó Gil dirigiendo una mirada de profundo reconocimiento á su hermana—que en nuestra familia hay un ángel bueno, que *ha sabido querer* por y para nosotros, el cual nos hizo seguir el único camino que podía salvarnos. Entregados á nosotros mismos, ¡cuán vario hubiera sido nuestro destino! La verdad exige que las alabanzas sean para la única persona que tiene derecho á ellas.

—Sí,—respondió Domingo,—desde que estoy en el país, la opinion general me ha dado á conocer el valor moral é intelectual que distingue á Marta; pero aún así, no pueden ustedes declinar el mérito de haber comprendido la sabiduría de sus consejos, y de haberlos puesto en ejecucion con tan buen éxito.

—Es un mérito forzado... pero sea lo que usted quiera, acepto con toda la efusion de mi alma la bondad con que nos trata; y puesto que hoy tengo este placer, ¿quisiera usted explicarnos, querido vecino, por qué ha tardado tanto en vernos, dado que nos conserva su estimado aprecio?

—Quizá sepa usted—dijo Domingo suspirando—que también nosotros hemos sufrido una desgracia.

—Efectivamente, nos han dicho que un accidente...

—Matilde no podía soportar la desgracia de verse desfigurada; desgracia exagerada, porque el mal, gracias á Dios, no es tan grande como el sentimiento que nos ha causado. No ve con un ojo, pero no está completamente perdido, y la cicatriz ha disminuido desde nuestra llegada al castillo. Mi pobre hija, apreciando su desgracia bajo el punto de vista material, ha resuelto retirarse por completo del mundo; evitaba sus miradas, huía de las personas que ántes la trataban, y nos prohibió renovar nuestras antiguas relaciones. Hace algun tiempo que se viene realizando en ella un cambio feliz; ha oído hablar tanto de vuestra hermana, del bien que hace, de su vida activa, de la paz y concepto que goza, que se ha animado un poco, y piensa en la señorita Marta, y desea conocerla y tratar á sus antiguas amigas. Hecha esta confesion, no dudo que absolverán ustedes á un pobre padre que, no teniendo en sí la fuerza necesaria para consolar á la hija, se ha limitado á no contrariarla. De aceptarnos, mucho me prometo de las señoritas de Gil; Matilde aprenderá indudablemente que pue-

de ser más feliz renunciando las vanidades del mundo que acariciando esos placeres ficticios que se escapan bruscamente, esa vanidad que ahoga, esas viles adulaciones que nos rodean hasta consumirnos, para abandonarnos despues.

Así hablando llegaron á casa de Gil; Marta y sus sobrinas se habian adelantado para preparar lo necesario, y en el momento de servirse el almuerzo, llegaron dos señoras sin el deslumbrador lujo que tanto ofuscaba á Eduardo; eran Matilde y su mamá.

Al entrar en la sala Matilde levantó su velo con gran resolucion, y se dirigió á abrazar á sus antiguas compañeras; habian desaparecido las pequeñas diferencias de sus anteriores relaciones; la desgracia habia disipado mezquinas preocupaciones; las acercó y unió estrechamente. Combatido el peligro felizmente por todos con la precisa y oportuna ayuda de Domingo y los suyos, animó aquellos corazones. De comun y tácito acuerdo se colocaron en un nuevo terreno.

Desfigurada Matilde, hacia algun tiempo que procuraba establecer un verdadero equilibrio entre su fea fisonomía y las bellezas de su alma y de su inteligencia. La desgracia habia nivelado todas aquellas cabezas, acercando las unas á las otras.

Realizada la reconciliacion, ambas familias empezaron á visitarse con frecuencia. Eduardo era apreciado por las forzadas cualidades que habia adquirido; cualidades que le daban cierta superioridad involuntaria. No basta para esto poseer una sola, por ejemplo, hábitos de laboriosidad, sino todas y completadas por la posesion y ejercicio de los sanos principios de moral, que son los que constituyen la base y fundamento de toda sociedad civilizada.

La mamá sintió algo encontrarse con el dueño del castillo Laflor; pero fué recibida con tanto cariño, y los dueños de aquella magnífica morada esperaban alcanzar tan saludable resultado de su amistad, que poco á poco se fué amortiguando el amor propio de dicha señora, borrándose de su alma las primeras impresiones y apareciendo su natural sentimiento.

En cuanto á Matilde, todavía no se habia realizado por completo la trasformacion que deseaban; su pesar no tenía ya el carácter feroz de los primeros dias, pero no participaba aún de las consoladoras máximas de Marta. Pensaba, sí, en lo que habia perdido, pero en medio de las tinieblas de su espíritu, al-

gunas veces reflexionaba sobre su mision en el mundo, y entreveia otra que la de vestirse y agradar; entónces se acercaba á sus antiguas amigas y á Marta, las cuales podian ayudarla á emprender el nuevo camino y seguirle con firme resolucion.

En el mundo hay desgraciadamente genios semejantes al de la mujer de Martin, que tan funesto papel representó en la existencia de Marta; personas cuya especial mision es la de fomentar la discordia, sembrar el mal, envenenar las relaciones, irritar los espíritus, vender su alma cada dia, y teniendo ocasion cada hora, por un plato de lentejas; pero afortunadamente hay otros muchos que son el correctivo y el contrapeso de los anteriores: existen almas benévolas, espíritus conciliadores, que viven en una atmósfera serena, y cuyos servicios se extienden á cuantas personas les rodean; mensajeros infatigables de la paz, olvidan cuanto puede desunir, y no se cuidan sino de establecer una concordia general.

Enrique Villena formaba parte de esos seres privilegiados, cuyo talento puede elevarse á gran altura, y cuyo corazon no se empobrece por esto, como sucede á otros muchos; y su superioridad procedia, no de la claridad con que discurria y preveia el mal, sino de su invariable fe y de su constante tendencia al bien. Imperturbable en medio de todas las defecciones, no impresionado por los ejemplos contrarios á sus creencias, y poseyendo la preciosa facultad de considerar el mal como un accidente, una enfermedad, un achaque ó una fragilidad de la humana naturaleza, veia su precisa consecuencia, la de que podria curarse ó disminuirse; y comprendia que *el verdaderamente desgraciado* es el que por dureza, maldad, ambicion ú otra baja y deleznable pasion, era causa eficiente, ocasional ó formal del mismo mal.

Entre las dos familias vecinas, Villena era un intermediario buscado y apreciado cada dia más. La intimidad entre ellas no era completa, no habian abdicado las pasiones para gozar únicamente de los sentimientos generosos y desinteresados; así que no pasó mucho tiempo sin establecerse una especie de rivalidad entre el opulento castillo y la modesta casa de labranza.

Enrique de Villena era la causa de ello.

Domingo y su esposa vieron con dolor la resolucion de su hija á no casarse; comprendian que no podian ser muy exigentes en la eleccion de yerno; pero no se conformaban

con la idea de que faltasen pretendientes á su hija; aunque fea, ¡era tan rica!

Diariamente aumentaba la confianza é influencia del jóven médico sobre Matilde; los papás concibieron fácilmente la idea de un arreglo que en otros tiempos les hubiera parecido un absurdo... ¡Un hombre que *nada poseía!*... Pero ahora, haciendo caso omiso de aquella pobreza, los padres discurrían con placer sobre las cualidades del jóven... y si Matilde consentía en aquella alianza, ¿podría dudarse que dicho jóven rehusara la inesperada fortuna que se le presentaba?

A las personas que se visita con frecuencia podrá guardárseles un secreto, pero es imposible ocultárselo por mucho tiempo; mil síntomas imperceptibles, nuevas ideas, preocupaciones recientes traicionan á los que callan y le descubren á los que observan.

Los sentimientos, por impalpables que parezcan, se manifiestan al exterior, más ó menos, por cierta lógica que les es propia. En una palabra, podrá ocultarse el fin hacia el cual se dirigen, pero de ninguna manera hacer desconocido el camino elegido para llegar á él.

Mil indicios produjeron la alarma en la familia Gil. Todos se habían acostumbrado á considerar á Enrique como una especie de propiedad para el presente y para el porvenir; para Eduardo era un compañero indispensable y necesario; para sus padres, un íntimo y distinguido amigo; para su hija mayor, más que todo eso, soñaba con una suerte que la parecía digna de envidia, ser la compañera y ayuda de un hombre honrado, y él su apoyo y su infatigable guía para alcanzar el perfeccionamiento moral á que aspiraba hacía bastante tiempo; con él, privaciones, fatigas, incesante trabajo, medianía, todo la parecía fácil y apetecible; sin él, sólo entreveía tinieblas, desolación, trabajo sin atractivo y sin fin ulterior.

Los nuevos proyectos formados por el señor Domingo causaron alguna perturbación en las dulces y ordinarias relaciones de ambas familias. Procuró retener al médico en el castillo Laflor por todos los medios posibles, pero el porvenir del jóven y el bienestar de su madre le exigían no olvidar su profesión. Enrique aceptó las distinciones del señor Domingo, y correspondía como mejor podía. Terminado su trabajo, dividía el tiempo entre ambas casas, división que no satisfacía á ninguna de las dos familias; la más antigua se consideraba como herida, y la

nueva justificaba lo que la convenía calificar de tibieza, y exigía no sólo amistad, sino la constante asistencia al castillo, sin comprender que pudiera preferirse á su espléndida morada y á sus exquisitas comidas la modesta casa y los rústicos convites de sus vecinos.

Aquel estado de cosas producía insensiblemente, y sin que ningún síntoma exterior revelase su existencia, mutua rivalidad. El principal personaje de este drama íntimo había evitado con su modestia toda sospecha ó prevision maliciosa; procuraba sencillamente sostener la balanza, y emprendió, sin darse de ello cuenta, la más atrevida de todas sus empresas, la de acallar la vanidad, satisfacer las exigencias encontradas y conciliar tan opuestas pretensiones.

Marta aparentaba contemplar impasible aquel combate entre la riqueza y la vida de familia, y se decidió á intervenir para apagar resentimientos, combatir malos propósitos, y oponerse á exigencias cuyas consecuencias hubieran podido ser de mal género. Sostenía que era necesario respetar la independencia de los demás, incluso la de los amigos; creía que no debía exigirse constancia y asiduidad en el trato, so pena de hacerle imposible, y que la habilidad estaba en atraer á los amigos por el afecto, y no por las tiránicas obligaciones que á veces se desea imponerles.

No imitaba á su cuñada, que se complacía en hacer notar cualquier contrariedad; por ejemplo, si el médico era invitado á quedarse y alegaba alguna otra invitación de Domingo, cometía la torpeza de dirigirle palabras de doble sentido. Enrique se defendía con rectitud y sencillez, y continuaba tanto más tranquilo, cuanto menos merecía aquellas acusaciones. Marta le manifestaba una cordialidad constante, y le ayudaba á combatir las sátiras que le lanzaban.

Y, sin embargo, Marta temía.

Es una prueba decisiva; ¿saldrá bien, se preguntaba, ó será tan débil como su padre? ¿Repetirá la conducta de éste, que volvió cuando ya no era rico cerca de la que tan cruelmente había ultrajado?... Si así sucediera, nada había que sentir... á no ser ese hermoso sueño... pero si se resiste á tan fácil fortuna, si prefiere un corazón recto y bueno por él y para él, ¡oh! entonces será otra cosa.

Difícil es señalar la mezcla de amargura que se une casi siempre á los mejores sentimientos y á las más nobles acciones. Muchas

veces asociamos un poco de egoísmo á nuestros impulsos más generosos. Es verdad que hay seres extraños al cálculo, serviciales y útiles sin cuidarse de los elogios ni del renombre que esto les proporcione; seres generosos á quienes la ajena desgracia les parece insoportable, y ayudan á su prójimo con todas sus fuerzas y recursos; pero no es menor que otros (y son los más, aunque valen menos) los que al hacer ú ofrecer un servicio procuran al propio tiempo que el provecho ajeno sea suyo, con lo cual, y en opinion suya, quedan completamente absueltos de cualquiera acusacion de egoísmo.

¿Quién, pues, procede mejor? Los primeros son buenos; los segundos, aunque algo difícil, pueden no ser malos, pero son sabios, según el mundo; mas como la vida *empieza* en la tierra, ¿qué importa ese título si con él sólo servimos á ésta, y en ella únicamente seremos aplaudidos? Los primeros sirven á Dios, y se ponen en camino de llegar á él.

Y éstas son las dos primeras y más elevadas clases de la sociedad; de las demás, doblemos la hoja.

No es ocasion de ocuparse de ellas.

XVI

El señor de Domingo, aunque sin datos suficientes, comprendió que la vecindad de Gil era un obstáculo á la realizacion de sus proyectos. A fuerza de pensar y de insistir en ello, creyó dar con el medio de salir de aquel conflicto presentándose noble y generoso á la vez. Domingo se consideró muy feliz en poder hacer un señalado sacrificio á su antiguo compañero reponiéndole de su inmensa pérdida, casi olvidada ya.

Una mañana fué á buscarle al campo, en donde estaba seguro de encontrarle, y entablaron la siguiente conversacion:

—Mi querido vecino,—dijo el rico banquero,—el correo de anoche me ha traído noticias graves que me han decidido á hacer á usted proposiciones que espero y ruego no rechace, pues va en ello todo su porvenir y el de sus hijos.

—¡Mi porvenir! —contestó Gil mirándole con una calma estoica—¡mi porvenir! Si ya está trazado... Si he vuelto al país para morir en él.

—No dudo que le será precioso y querido este asilo; pero me parece convendrá usted en que su posicion actual es transitoria.

—¡Oh! No.

—Y los hijos, ¿cuál es su porvenir? ¡El pobre Eduardo ha cambiado tanto! Verdad que ha ganado mucho, y les felicito por ello, pero á su edad es muy triste tener una limitada perspectiva... Sus esperanzas quedan reducidas á que cuando viejo pueda contar con veinte ó cuarenta mil reales... ¡Bonito negocio!

—¡Vivirá con desahogo!

—¿Y qué importa? Voy á hacerle una proposicion, y espero que cambie de modo de pensar. Al frente de mi casa, en Madrid, dejé á mi buen viejo Milanés, que me parece conoce usted, y dirige mi escritorio tan perfectamente, que no tengo necesidad de ir más que de tarde en tarde. Matilde quiere establecerse definitivamente aquí, y Milanés retirarse. En esta situacion, ó encuentro un sucesor digno, ó debo abandonar los negocios. Esto último me hace daño; me es aún difícil separarme por completo de la vida activa, y más reemplazarla por las ocupaciones del campo; y pues creo que así puedo ayudar á usted á rehacer su fortuna, le hago á usted la siguiente proposicion: Si reemplaza usted á Milanés, tendrá un sueldo de dos mil duros, y en ciertos negocios un tanto por ciento que fácilmente podría doblar esa suma. Puede usted llevar á Eduardo, enseñarle y asegurar así su porvenir y el de sus hermanas.

—Gracias, señor de Domingo,—contestó Gil, cuya fisonomia se habia nublado algo.—el ofrecimiento es interesante y seductor... pero más valiera que no me lo hubiese hecho.

—¿Por qué?

—Porque si le rehuso acaso lo sienta después, y si le acepto me arrepienta más tarde de ello.

—No lo comprendo.

—Pues es fácil. Llevar de nuevo la familia á Madrid es colocarla en una posicion difícil, más para nosotros que para otros; no podríamos evitar nuestras antiguas relaciones, ni el ejemplo ni la corriente que nos arrastró en otra época. Gracias á usted, podríamos llegar á ser casi opulentos; pero los hombres cuya mision es la de ganar dinero, mucho dinero, cuanto dinero sea posible, no tenemos ni condiciones ni tiempo para ocuparnos de nuestra familia, de lo que hace y gasta, y del tiempo de que dispone. Para constituir dotes de alguna consideracion á mis hijas, sería necesario vivir en Madrid con rigurosa economía, lo cual no es fácil; y suponiendo que yo reuniese tres ó cuatro mil du-

ros para cada una, que es mucho suponer, no era bastante para satisfacer las aspiraciones ni procurar á mis hijas la colocacion á que se creerian con derecho en aquella escena en que tanto han brillado. ¡Y cuántos años y qué de privaciones no sería necesario realizar para llegar á ese resultado!... Y de llegar; no me siento con la fuerza necesaria para resistir las exigencias de familia... Además que regularmente gastaríamos cuanto ganase.

—¿Pero aquí no viven ustedes con una sencillez que admiro?...

—Aquí sí, ¿pero en Madrid? Eso no es tan fácil; la verdadera fuerza consiste, ántes de resistir, en evitar las tentaciones.

—¿Luego no admite usted mi proposicion?

—Es seguro que, hecha en los momentos de abandonar la corte, no hubiese tenido el valor de que ahora hago alarde; pero la desgracia enumera entre sus ventajas la de pensar y juzgar más acertada y buenamente de las cosas.

—¿De modo que rehusa usted lo que en su situacion representa una fortuna?

—Para apreciar exactamente las cifras, querido vecino,—dijo Gil sonriendo,—es preciso tener en cuenta los pueblos y las situaciones. Mil ó dos mil duros anuales son aquí una fortuna; en Madrid no nos alcanzaria pasado algun tiempo, y teniendo en cuenta las exigencias de nuestra antigua casa. Lo que lograria sería despertar en mis hijos su aficion al lujo, al cual, si renunciaron forzosamente, volverian á él con facilidad.

—Pues consulte usted con su familia.

—El deber me ordena comunicárselo, así como las razones que acabo de exponerle para no admitir. Si se tratase de empezar la vida, esa oferta sería magnífica; si mi mujer é hijos tuviesen hábitos de una economía bien entendida, elemento de bienestar y de seguridad, pase; pero desgraciadamente no es así; ricas de nacimiento, ó acostumbradas al ménos á vivir rodeadas de los despreciables goces materiales y de la vanidad que da el dinero, mis hijas no tendrían fuerza suficiente para resistir el recuerdo del pasado; y no quiero que las mismas causas produzcan fatalmente los mismos resultados, es decir, volver á repetir lo que sin el enérgico apoyo y el socorro moral de mi hermana no hubiéramos tenido suficiente valor moral para realizar. ¿Usted comprende lo que quiero decir?—añadió Gil tomando el brazo de su compañero.—No soy el primero que ha visto usted

aparecer y reaparecer en el gran mundo... ¡Oh, cuánto abismo! Unos, obligados á trabajar despues de haber vivido en vergonzosa ociosidad, no se conforman y rompen todo lazo, y caen... tan hondamente, que hacen imposible su rehabilitacion; otros ú otras, mujeres inconsolables por haber perdido sus trajes y alhajas, causa de las ruinas de sus familias, no saben soportar con valor y dignidad la pobreza, que es su obra, y... ¡Oh! No quiero que mis hijos se expongan á semejantes peligros; prefiero una perpetua medianía al lujo de algunos años. Si hubiera quitado á la incesante ocupacion de ganar dinero, y ésta es mi gran falta, algunas horas diarias para consagrarlas á mi familia; si hubiese procurado que mis hijos aprendiesen que hay otros deberes, otros placeres y satisfacciones en este miserable mundo, que los de ostentar un lujo imbecil, podria decirles: Venid, aún tengo fuerzas para llenar mi cometido; tú, Eduardo, aprenderás á trabajar á mi lado, y vosotras, hijas mias, sabreis dar oportuno empleo al capital, producto y resultado de mi trabajo; léjos de la cicatería y de la prodigalidad, sostendreis el bienestar presente y preparareis la comodidad y la dignidad del porvenir. Pero mis hijos fueron *jóvenes á la moda*, y no tardarian en volver á sus antiguos hábitos, á sus gastos imprudentes, á su vida perdida, y mi trabajo quedaria reducido á ser destinado para costureras, modistas, peinadoras, sastres, etc. Vea, pues, su porvenir con la resolucion que desea usted que tome.

Domingo comprendió que era inútil toda tentativa, pero aún aconsejó á su amigo que reflexionase, le dió veinticuatro horas de término, y se despidió hasta el siguiente dia. Los dos vecinos se separaron cabizbajos y pensativos.

No bien llegó Gil á casa, refirió á su mujer la conversacion que acababa de tener, su repugnancia y las razones que tenía. Marta supo con alegría la resolucion de su hermano, y le animó á que persistiese en ella; convino, sin embargo, en la conveniencia de participarlo á toda la familia y en la contestacion, en la que habian de conformarse todos. Así lo hicieron aquella misma noche, reservándose Gil para lo último, á fin de manifestar su resolucion.

Su mujer estaba conmovida; volver á Madrid como ántes... pero el espejo que tenía delante le decia que su fisonomía estaba marchita y arrugada; por otra parte, la necesi-

dad de una rigurosa economía la obligó á explicarse así:

—Tendríamos que imponernos privaciones que aquí no conocemos, y de lograr un porvenir para nuestras hijas, sería cuando éstas fuesen viejas.

—De modo, mi querida hermana,—dijo Marta,—que opinas...

—Por no aceptar.

—Y vosotras, hijas mías, ¿qué decis?—preguntó el papá.

—Me creeria desgraciada al abandonar esta casa,—respondió Cecilia poniéndose colorada,—y creo que si mis padres toman una decision conforme á nuestros verdaderos intereses, rehusarán esta oferta.

—¡Bravo!—exclamó Marta.—¿Y tú, Luisita?

—¡Ah, tia mial Mi felicidad está en mi hermoso jardin, con mis gallinas, con mi establo y lechería; no necesito más.

—Sólo falta Eduardo.

—Creo, tia, que no la hubiese dado á usted gusto si esa pregunta me la hubiera hecho hace algunos meses; pero hoy es otra cosa, ya porque me sería muy doloroso separarme de Enrique... ya porque va á comunicarme un importante negocio, fundado por un amigo suyo, en el que ocuparé, gracias á él, un puesto importante, por el que acaso logre un porvenir más seguro que el que podría alcanzar en la casa del señor Domingo.

—¿Y cuál es?—preguntó apresuradamente el papá.

—Un amigo de mi padre—respondió Enrique—quiere explotar los grandes montes que posee; pondrá una serrería mecánica y una fábrica para hacer y labrar tablas por un nuevo y privilegiado procedimiento. Eduardo, siguiendo mis consejos, hace muchos meses que trabaja, con una aplicacion digna de encomio, en secreto y á fin de familiarizarse con los detalles de su nueva profesion. Le ofrecen doce mil reales anuales, cuya suma podrá aumentar con su trabajo, puesto que le darán interes en la empresa, y ademas se aproximará á la familia en vez de alejarse, pues el sitio elegido para la explotacion está á un cuarto de hora de esta casa.

Gil se habia acercado á Enrique, y escuchaba con emocion, y cogiéndole la mano, exclamó:

—Permítame usted bendecirle y darle las gracias; amigo mio, me ha librado usted de cierto remordimiento; muchas veces me preguntaba si tenía el derecho de sacrificar á

mi hijo, no sacándole del reducido y pobre empleo que desempeña. Sí, sí, le doy á usted las más sinceras gracias, pues que le deberé la tranquilidad en mi vejez. Ya no tendré que preguntarme si mi eleccion estará exenta de egoismo.

—Y sepa usted, padre mio,—dijo Eduardo con emocion,—que éste hace cuatro meses es mi mentor en materias completamente desconocidas, y ha encontrado un excelente hombre que formará parte de nuestro personal (Eduardo pronunció estas palabras entusiasmado), que me ha confiado algunos secretos, y que bajo su direccion podré desempeñar bien y á gusto el cargo que se me confia; no defraudaré á Enrique, y sabré sostener mi pabellon.

Tan contentos se hallaban todos, que no se acordaron de la proposicion de Domingo. Al dia siguiente el castellano Laflor se presentó, segun lo convenido, en el campo del vecino, con la confianza de que la noche y la familia habrian influido en sus determinaciones. Gil le recibió cariñosamente y con gratitud, anunciándole que su familia opinaba como él, y por consiguiente que le daba las gracias.

Domingo deseó tener un rato de conversacion con Marta; su hermano le dijo sonriendo que la prevendria, pero que si se trataba de la vida cortesana, lo creia en balde; pero Domingo evocó otros recuerdos: era preciso *ver claro*, y por fin dar un golpe decisivo y definir las situaciones.

Marta apareció dándole infinitas gracias por sus buenos deseos en favor de su hermano.

—Hubiera sido uno de mis mejores placeres, pero he tropezado, señorita, con una oposicion irresistible, y ya no debo insistir.

—De todos modos, siempre deberemos á usted inmensa gratitud, y si alguna vez tuviese necesidad de alguno de nosotros...

—Acaso—contestó Domingo—tuviera necesidad de un pequeño servicio.

—Pues no dude usted,—respondió Marta con gravedad.

—Deseaba tener esa seguridad; se trata de un asunto delicado, y confieso que dudo en abordarle; una sola mujer puede abordar semejante negocio... la mia no... En fin, óigame usted; mi pobre Matilde es muy desgraciada...

—Supongo que se habrá usted consolado de su desgracia, puesto que ha comprendido perfectamente que la transitoria belleza se

reemplaza con otras ventajas más sólidas... se instruye, progresa...

—Sí, pero se empeña en que no quiere casarse porque nadie la amará, y que sus riquezas...

Hubiera opinado del mismo modo si no la hubiese ocurrido semejante desgracia.

—Acaso, pero entonces hubiera podido hacerse ilusiones que en la actualidad rechaza. Tal determinación desespera á sus padres. He trabajado mucho y con éxito para enriquecer á mi hija y que ésta lo haga á sus hijos... Con sinceridad, señorita; ¿cree usted que Matilde no podrá inspirar una pasión formal?

—Si fuera la misma que ántes, con franqueza, no; pero si, como creo, ha comprendido que la riqueza no concede únicamente derechos, sino que impone deberes; si procura cumplirlos, ganando en bondad lo que ha perdido en belleza; si se educa, como recientemente nos lo hacía notar Villena, entonces...

—¿Villena tiene buen concepto formado de Matilde? —preguntó Domingo apresuradamente. —Pues casualmente, señorita, era de lo que quería hablar. Matilde, como todos los que tratamos á ese jóven, tiene gran confianza en él; creo que si se inclinase á ella, le había de aceptar. Él tendría un porvenir soberbio, inesperado...

—Y bien, ¿qué?

—Pues bien: desearía hiciese usted comprender á ese jóven, de la delicada manera que sólo las mujeres saben hacerlo, que podría llegar á ser mi yerno si Matilde le aceptaba, que su pobreza no sería motivo para rechazarle.

Y el banquero examinaba al propio tiempo á Marta, esperando descubrir en ella algo que revelara proyectos en oposición... pero Marta conservó su habitual amabilidad, y se ofreció á aprovechar la primera ocasión favorable para desempeñar su cometido.

Habituado Domingo á las reservas necesarias en el manejo y dirección de los negocios, no comprendía la fuerza y valor que presta el hábito de seguir la línea recta; ignoraba que, gracias á ese hábito, hijo siempre de una buena educación moral y religiosa, se evitan á la vez las ilusiones y decepciones, se espera y acomoda uno á los acontecimientos, sin la absurda pretensión de dirigirlos; y por último, que cuando no se tiene nada que ocultar ni se cuentan acciones que avergüencen ante el recuerdo ó la presencia de alguien, se evitan las sorpresas y luchas estériles ó despreciables.

Y se despidió de Marta sin haber obtenido uno de los objetos que se proponía; esperaba convencerse de la rivalidad de aquella familia; creía que cualquier objeción, dificultad, reparo ó entonación, fuera de tiempo, serían indicios bastantes para confirmar sus sospechas, pero se llevó chasco.

Marta, á su vez, reflexionó algunos instantes sobre el encargo que había recibido, y se dijo:

—Más vale así; si resiste ésta prueba, tiene corazón. ¿Qué pobre rechazaría millones ofrecidos por una jóven, siquiera se halle un tanto desfigurada? Su padre no hubiera sido capaz de semejante abnegación.

Esta última reflexión era un ligero tributo pagado á un resentimiento femenino, del cual se arrepintió enseguida, deponiendo su parcialidad ante las circunstancias que la rodeaban. Sobrada justicia y alguna bondad, despertaron en su alma la indulgencia.

—Después de todo,—continuó en silencio,—es un excelente amigo que nunca nos ha dado motivo para creer ó esperar en su misión con nuestra familia. Matilde ha cambiado mucho; su antigua insipidez la ha reemplazado con una conversación sensata; hoy se interesa en los objetos que elevan el corazón é ilustran el espíritu... sabe admirar... aprende á compadecer... y á ser económica... ¡Oh, sí ha cambiado mucho! Y por otro lado, no puedo cerrar los ojos á la evidencia; si Enrique cede á tan brillante tentación, nuestra pobre Cecilia recibe una herida cruel... Los años podrán cicatrizarla, pero no curarla, que hay desgracias que no se reparan de nuevo, recuerdos que el olvido no destruye, repentinas decepciones que apartan de la vida para siempre, que matan las ilusiones, agrían el porvenir, empañan el pasado, y al presente producen la indiferencia. ¡Ay de los que son causa de ellos! Para las víctimas el mal es pasajero; para éstos es un eterno remordimiento de conciencia. Concluyamos de una vez, toda contemplación sería inútil y funesta.

XVII

En medio de la situación de la familia Gil, Marta era la única que temía. Siempre se reservaba, no la persona, única ciencia de muchos, sino la carga más pesada, los sentimientos y disgustos, los temores y desgracias, prenda preciosa que revela un corazón recto y sano, un alma noble y elevada. Na-

die, pues, sospechó que pudiera estar preocupada.

Eduardo estaba muy alegre; Cecilia parecía visiblemente feliz, no sólo por el porvenir de su hermano, sino por el importante papel que su amigo había desempeñado en este asunto. Se ponía tan alegre cuando Enrique llegaba con objeto de pasar un rato con ellos, le escuchaba de tal manera, que sin verle hubiese señalado sus movimientos. Marta estudiaba á su sobrina, y se animaba cada vez más á salir cuanto ántes del compromiso adquirido.

La ocasion se presentó. En uno de sus paseos matinales, Marta encontró á Enrique, que la ofreció el brazo para acompañarla hasta su casa.

—¡Oh amigo mio! Gracias á usted, son hoy todos felices en mi casa. No le ocultaré mi mision, que era la de limitar la ambicion de Eduardo á la medianía, á que me parecia destinado: pero veo que no es así, puesto que con actividad podrá encontrar la recompensa que no esperaba... Y usted, que tan bien sabe preparar el porvenir de los demas, ¿no se ocupa del suyo?

—El mio,—respondió Enrique con cierto rubor,—mi porvenir tiene que ser la continuacion del presente; médico de aldea, no tengo otras aspiraciones que asegurar con mi trabajo la existencia de mi madre.

—Sin embargo, podria usted tener algunas miras personales que estuviesen de acuerdo con los deberes que se ha impuesto. El matrimonio...

—Por Dios, Marta, se necesitaria valor para decir á una mujer que participase de mi humilde existencia. ¿Cómo proponerle una vida llena de privaciones, confinada á un oscuro rincon, siempre precaria, siempre pobre? Suponga usted que yo desapareciese; mi familia se veria privada de su único apoyo... La pequeña fortuna que á duras penas hemos podido conservar, asegura únicamente el pan á mi madre en caso de desgracia. ¿Qué legaria á mi mujer y á mis hijos, si Dios me los daba?

D. ALCALDE PRIETO.

(Concluirá.)

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro cuarto.

(Continuacion.)

Dotado de feliz salud, hubiera alcanzado una edad avanzada, sin tener que preocuparse por su situacion; pero su desgracia y su modestia le habian arrebatado el sentimiento de la serenidad juvenil y le habian hecho entrever la inestabilidad y lo frágil de nuestra existencia. Esto le habia impuesto una manera humorística y rapsódica de juzgar las cosas, ó mejor dicho, de expresar sus impresiones inmediatas. No gustaba de la soledad, frecuentaba los cafés y las mesas redondas, y cuando se quedaba en casa, era su lectura favorita los libros de viajes, ó más bien su única lectura. Habiendo hallado un gabinete de lectura bien provisto, podia satisfacer su inclinacion, y pronto la mitad del mundo llegó á ser familiar á su excelente memoria.

Así es que le fué fácil hacer cobrar aliento á nuestro amigo, cuando éste le confesó la completa carencia de materiales en que se hallaba para redactar la relacion tan pomposamente anunciada.

—Vamos á hacer un esfuerzo sin segundo, dijo Laertes. ¿No ha sido la Alemania recorrida, surcada, atravesada, explorada y labrada de un cabo al otro? ¿Y no goza cada viajero aleman de la admirable ventaja de hacerse pagar por el público sus gastos, grandes y pequeños? Dame el itinerario que has seguido ántes de encontrarnos; lo demas me es conocido. Voy á procurarte los documentos y los materiales necesarios para tu trabajo; las millas cuadradas jamas medidas, las poblaciones cuyo censo de poblacion jamas fué hecho, no dejarán de ser citadas por nosotros. Tomaremos las rentas de los Estados en los almanaques y en las tablas estadísticas reconocidas por los documentos más exactos. En eso basaremos nuestros razonamientos políticos; no olvidaremos una digresion acerca de los gobiernos. Presentaremos un par de príncipes como padres de sus pueblos, á fin de que se nos crea más fácilmente si atacamos á los demas; y si nues-

tro itinerario no nos permite entrar en las ciudades habitadas por personajes célebres, los buscaremos en las posadas y les obligaremos á que nos hagan las más caprichosas confidencias. Sobre todo, no olvidemos dibujar poéticamente sobre el conjunto un amorcillo con alguna niña candorosa, y tendremos una obra que no sólo entusiasmará á papá y á mamá, sino que pagaría con mucho gusto un librero.

Pusieron manos á la obra, y nuestros amigos se complacieron mucho en este trabajo; lo que no obstaba á que Guillermo hallase gran satisfaccion por la noche en el teatro y en el comercio de Serlo y de Aurelia, y á que cada día ensanchase más el círculo de sus ideas, por largo tiempo circunscritas á estrechos límites.

CAPÍTULO XVIII.

No sin grande interes llegó á saber por partes las aventuras de Serlo, pues no entraba en las costumbres de este hombre singular hacer confidencias y hablar de una manera uniforme acerca de un particular cualquiera. Podía decirse que habia nacido y sido criado en el teatro. Niño, no hablando aún, habia conmovido á los espectadores con sólo su presencia, porque los autores conocían ya en esta época este resorte natural é inocente; sus primeras palabras, *padre, madre*, le habian valido los mayores éxitos en las obras populares, ántes de que supiera lo que eran los aplausos. Más de una vez, enteramente trémulo, habia bajado de los frisos vestido de amor, habia salido del huevo vestido de arlequin y hecho las más lindas gracias como pequeño limpiachimeneas.

Por desgracia pagaba caros, durante el día, los brillantes éxitos que obtenía por la noche. Persuadido su padre de que no se puede obtener y fijar la atención de los niños más que pegándolos, le sacudía con regularidad á cada papel que estudiaba; no porque el niño lo hiciera mal, sino para obligarle á estudiar de un modo más sólido y sostenido. De la propia manera, en otros tiempos, cuando se plantaba un límite, daban á los niños que se hallaban presentes vigorosos bofetones, con lo cual los más ancianos recordaban perfectamente el sitio muchos años después. Crecía, entretanto, y mostraba extraordinarias aptitudes de espíritu, y notables facultades corporales, á las que añadía una gran flexibilidad de comprensión, de mane-

ras y de gestos. Su facultad de imitación excedía á cuanto pudiera decirse. De niño remedaba á los mayores hasta el punto de que parecían tales, por más que fuesen enteramente otros que él por la estatura, la edad y los ademanes. Poseía el don de portarse bien en público; de modo que cuando tuvo conciencia de sus fuerzas nada le fué más natural que abandonar á su padre, quien viendo crecer la inteligencia de su hijo y aumentar su talento, halló innecesario sostenerlos con trabamientos cada vez más rigurosos.

¡Cuán dichoso se sintió al verse libre en el mundo, donde sus travesuras le valieron por doquiera favorable acogida! Su buena estrella le condujo en tiempo de Carnaval á un convento; el padre encargado de las procesiones y de entretener á los gansos con piadosas mascaradas, acababa de morir. Serlo llegó como ángel benéfico. Se encargó de séguida del papel de Gabriel en la *Anunciación*; y no fué del todo desagradable á la bella jóven que, en su cualidad de virgen María, recibió su cortés salutación muy graciosamente, con humildad aparente é íntimo sentimiento de orgullo. Representó sucesivamente en los misterios los más importantes papeles, y estuvo muy satisfecho de sí mismo cuando á la postre se vió representando al Salvador del mundo escupido, aporreado y crucificado.

En esta última escena, algunos soldados habian representado su papel con sobra de naturalidad; para vengarse de ello del más espiritual modo, cuando se representó el *Juicio Final*, les hizo vestir los más hermosos trajes de reyes y de emperadores; y en el momento en que llenos de orgullo por su papel se dirigieron hacia el cielo para anticiparse á los demas, se precipitó sobre ellos de improviso, vestido de diablo, y con grande edificacion de los mendigos y de los demas espectadores, les apaleó con su tridente é inhumanamente los lanzó al foso, donde les hizo mala acogida el fuego que de él brotaba.

Sobrábale la razon para comprender que las testas coronadas no verían con buenos ojos tan audaz broma y que no le agradecerían su papel de censor y ejecutor, y en la espera de que el reinado de lo eterno comenzara, escapóse prudentemente y fué recibido á brazos abiertos en una ciudad cercada por una sociedad que se llamaba, entonces, Los hijos del placer. Componíase ésta de per-

sonas espirituales, inteligentes y vivarachas, que estaban bien penetradas de que la suma de nuestra existencia, dividida por la razón, no podía nunca dar un cociente exacto, y que siempre restaba una fracción extravagante.

De esta pícaro, y aún á veces, al ser repartida entre la masa, peligrosa fracción, procuraban desembarazarse de propósito en épocas determinadas. Entregábanse por completo á la locura una vez á la semana, y entónces se castigaban mutuamente, por medio de representaciones alegóricas, de las extravagancias que habían notado en unos y otros en los restantes días. Si este procedimiento era más duro que la incesante educación á que se entregaban las gentes cultas al estudiarse, enmendarse y reprimirse todos los días, era también más alegre y más seguro, pues que, aún favoreciéndole una locura ó una manía, sólo la tomaban por lo que en sí era, mientras que con el otro procedimiento, y á virtud de la ilusión personal, acaba por erigirse en dueña y señora, y somete á secreta esclavitud la razón que piensa haberla desterrado de sí há largo tiempo. La caricatura era cultivada por la sociedad, y permitíase á cada uno exornarla de una manera característica con atributos propios ó extraños. En tiempo de Carnaval entregábanse á la mayor licencia y rivalizaban con el clero en divertir y atraer al pueblo. Las procesiones alegóricas de las Virtudes y los Vicios, de las Artes y las Ciencias, de las partes del Mundo y de las Estaciones personificaban, para el pueblo, una multitud de concepciones, dábanle idea de lejanos objetos; de manera que estas diversiones no carecían de utilidad, en tanto que, por el contrario, las bufonadas religiosas sólo eran parte á mantenerle en absurda superstición.

El jóven Serlo se halló allí en su elemento; falto de iniciativa propia, era muy hábil en servirse de los medios que había á mano, asimilárselos y hacerlos suyos; sus agudezas, su espíritu de imitación, y hasta su mordaz ironía, á la que se entregaba con toda libertad por lo ménos un día por semana, aún contra sus bienhechores, hicieronle valioso é indispensable á la sociedad.

Su desasosiego llevóle enseguida de este ventajoso estado á otros parajes de su patria, donde tuvo que hacer nuevo estudio. Llegó á esa parte de la Alemania, civilizada pero sin característica, donde en el culto de lo bueno y de lo bello no falta lo verdadero,

si bien con frecuencia el genio se vió obligado á tener que reaccionar sobre el sentimiento y el corazón; aquí no tenían sus mascaradas probabilidades de éxito. No hizo más que ingresar en las compañías grandes y pequeñas, y aprovechó la ocasión de observar los particulares de las obras y de los actores. La monotonía reinante entónces en el teatro alemán, la sonoridad y decaimiento absurdos de los alejandrinos, el diálogo pesadamente manejado, la grosería y vulgaridad de los sermones á quemarropa, todo ello fué por él prontamente analizado, echando de ver lo que conmueve y lo que agrada.

Y no era sólo un papel determinado de las obras en boga, sino la obra entera, lo que se grababa con facilidad en su memoria, y con ella la expresión particular del actor que las representaba con éxito. Como consecuencia de todas sus excursiones, y una vez disipado todo su caudal, acometióle la idea de representar obras por sí solo en los castillos y en las aldeas, y asegurar en todo caso su pan de cada día. En una taberna, en una sala, en un jardín luégo se levantaba pronto su teatro; con fingida gravedad y superficial entusiasmo sabía cautivar la imaginación de sus espectadores, engañar sus sentidos, y aunque abriesen mucho los ojos, hacerles pasar un viejo armario por un castillo fuerte, un abanico por un puñal. El calor de la juventud reemplazaba la falta de sentimientos profundos. Su violencia parecía fortaleza, sus melindres ternura. A los que ya conocían el teatro, recordaba cuanto había visto y oído; despertaba en los demás el presentimiento de un algo asombroso y el deseo de conocerlo más de cerca. Cuando una obra producía efecto en algún sitio, no dejaba de repetirla ante otros auditorios, y se solazaba maliciosamente de haberse burlado de todas estas gentes de igual modo.

Gracias á su espíritu vivo, libre, y al que nada ponía trabas, se perfeccionaba con rapidez á fuerza de repetir los mismos papeles y las mismas obras. Con frecuencia recitaba y representaba con más propiedad que los modelos á quienes imitara en un principio. De esta manera llegó progresivamente á representar con naturalidad, haciendo abstracción de su personalidad. Parecía apasionarse, cuando sólo buscaba el efecto. Su mayor orgullo era conocer á los hombres por gradaciones. La loca industria que ejercía le obligó luégo á obrar con cierta moderación, llegando así, tanto por la necesidad como

por el instinto, al conocimiento de una cosa de la que muy pocos comediantes parecen tener idea: ser sobrios de gestos y de gritos.

Sabía domeñar y áun interesar á los hombres groseros y hostiles. Como sólo pedía la comida y el alojamiento, recibiendo con gratitud cuanto se le ofrecía, y áun á veces rehusando dinero, si creía tenerle cobrado, enviábanle de aquí para allí con cartas de recomendación, y viajaba de esta manera durante toda una estación de castillo en castillo, proporcionando grande alegría, gozando de ella en amplia medida, sin que le faltaran buen número de agradables y atrayentes aventuras.

A causa de su descariño natural, no amaba propiamente á nadie; su golpe de vista perspicaz le impedía estimar á nadie, pues sólo se penetraba de las condiciones exteriores de los individuos para sumarlas á su colección mímica. En cambio sufría mucho su amor propio si no se hacía agradable á alguien, y si no obtenía por todas partes completo éxito. De los medios para conseguirlo había hecho poco á poco un estudio tan detenido, y de tal manera había ejercitado su espíritu en este sentido, que no sólo en el teatro, sino áun en la vida, no sabía más que adular. Su inteligencia, su talento, su existencia, reaccionaron de tal modo unos sobre otros, que concluyó por ser casi inconscientemente un artista perfecto. Por una acción y una reacción en apariencia singular, si bien muy natural, gracias á la reflexión y á la práctica, su recitado, su declamado, su juego escénico, alcanzaron un alto grado de verdad, de libertad y naturalidad, mientras que en la vida y en el trato diario pareció hacerse cada vez más misterioso, más artificioso y áun disimulado é inquieto.

Más tarde hablaremos tal vez de su suerte y de sus aventuras; aquí no haremos más que una observación: la de que más tarde, hecho ya hombre, en posesión de un nombre considerado, y gozando de una posición excelente, aunque poco sólida, se acostumbró á representar en la conservación el papel de sofista de una manera tan irónica como burlesca, y había roto con la mayor parte de sus relaciones formales. De esta suerte obraba, sobre todo con Guillermo, cuantas veces éste, lo que sucedía con frecuencia, procuraba llevar la conversación al terreno de las teorías generales. Apesar de esto se llevaban bien, y su divergencia de opiniones prestaba á sus pláticas gran animación. Guillermo quería

sacar todas las deducciones de las ideas que había concebido, y establecer la estética del arte; quería establecer reglas expresas, definir lo que es justo, bueno y bello, y merecer el éxito; en fin, lo trataba todo muy en serio. Por el contrario, Serlo tomaba las cosas con gran ligereza; y sin responder nunca rectamente á una pregunta, sabía, por medio de una historieta ó de una agudeza, dar la más agradable y graciosa explicación, é instruir al auditorio deleitándole.

CAPÍTULO XIX.

Mientras que Guillermo pasaba de esta manera tan agradablemente el tiempo, Melina y el resto de la compañía se encontraron en una situación cada vez más penosa. Aparecían de tiempo en tiempo á los ojos de nuestro amigo como genios maléficos, y le proporcionaban muy desagradables ratos, no sólo con su presencia, sino más bien con sus caras irritadas y sus amargos reproches. Serlo no les había permitido representar con el carácter de cómicos de la legua, distando mucho de dejarles entrever esperanza de contrato; apesar de esto, llegó poco á poco á conocer el valor de todos. Cuantas veces los comediantes estaban reunidos en su casa, tenía por costumbre hacerles leer, y con frecuencia leer él mismo. Daba su preferencia á las obras que debían representarse más tarde, que no habían sido representadas hacía mucho tiempo, y sólo tomaba de ellas algunos fragmentos. Después del primer ensayo, hacía repetir los pasajes en que había enmienda por hacer, despertaba así la perspicacia de los comediantes y les proporcionaba el medio cierto de conocer el verdadero punto de vista. Y como una mediana inteligencia, á ser justa, satisface mucho más á los espectadores que un genio áspero y desordenado, levantaba, por medio de las explicaciones llenas de claridad que les propinaba insensiblemente, talentos medianos á un grado de superioridad notable. No contribuían poco á este resultado las poesías que les hacía leer, sosteniendo de esta manera en ellos ese sentimiento agradable que despierta en nosotros un ritmo bien comprendido, cuando ya entonces empezaba á decirse por todas las compañías esa especie de prosa para la cual cualquiera sirve.

Así llegó á conocer á todos los comediantes recién venidos, á juzgar lo que eran y lo que podían ser; había resuelto, en secreto,

servirse de ellos con ventaja cuando estallara la revolucion que fermentaba en su compañía. Dejó por algun tiempo la cosa en quieto, encogiéndose de hombros á las gestiones que Guillermo hizo en su favor; despues, viendo llegado el momento, propuso de repente á su jóven amigo que saliese á las tablas, con cuya condicion contrataria á los comediantes.

—Esas gentes no son tan inútiles como me habeis estado diciendo hasta ahora, dijo Guillermo, pues que hoy podeis aceptarlas en masa, é imagino que sus talentos serán sin mí los mismos.

Serlo le confesó su situacion con el carácter de secreto. Su primer gañan dábase trazas de pedir aumento de sueldo ó renovacion de contrata, y no estaba dispuesto á ceder, máxime cuando las simpatías del público se habian enfriado para con él. Si se le marchaba, todo su bando le seguiria, lo que haria perder á la compañía algunos buenos actores á la par que algunos medianos. Dijo entonces á Guillermo lo que contaba nacer de él y de Laertes, del viejo cabezudo y aún de la señora de Melina. Hasta prometió preparar algunos aplausos al pobre pedante, repartiéndole los papeles de judíos, ministros y malvados.

Guillermo se quedó bastante parado; no oyó sin conmoverse esta proposicion, y por decir algo respondió dando un profundo suspiro:

—Hablais muy benévolamente de lo que hallais bueno en nosotros y de lo que de nosotros esperais; pero ¿qué pensais de las partes débiles, que han escapado de seguro á vuestra sagacidad?

—Con aplicacion, práctica y meditacion haremos pronto de ellas partes fuertes. Entre vosotros, que sois aún discípulos de la naturaleza y aprendices, no hay ni uno solo de quien no pueda esperarse más ó ménos, pues, por lo que he podido juzgar, ninguno es incorregible, por más que sean indóciles é inflexibles por amor, por necedad ó por hipochondría.

Serlo expuso enseguida, en pocas palabras, las condiciones que deseaba y podia ofrecerles; pidió á Guillermo una pronta resolucion y le dejó muy agitado.

Trabajando en el singular relato del viaje empezado en broma, y que componia con su amigo Laertes, llegó á fijar mucho más que ántes su atencion en los acontecimientos y en la existencia diaria del mundo real. Com-

prendia entónces cuál era la intencion de su padre al recomendarle tan vivamente la redaccion de aquel Diario. Por vez primera sentia cuán agradable y útil debe ser constituirse en centro de tantas industrias y necesidades y ayudar á esparcir la vida y la actividad hasta en los bosques y las montañas más impenetrables del continente. La animada y comercial ciudad en que se hallaba, que el desasosiego de Laertes le hacia recorrer en todas direcciones, suministrábale la idea más expresiva de un gran centro de donde todo parte y adonde todo vuelve, y por primera vez su espíritu gozaba verdaderamente del espectáculo de semejante actividad. En esta situacion se encontraba cuando Serlo le hizo su proposicion y despertó sus deseos, sus inclinaciones, su confianza en su talento innato y el sentimiento de sus obligaciones para con aquella compañía falta de recursos.

—Héme aquí una vez más, se decia, en la encrucijada, entre las dos mujeres que se me aparecieron en mi juventud. Ya no me parece la una tan miserable como en otro tiempo, ni la otra tan magnífica. Tú sientes una especie de llamamiento interior que te lleva á seguir tanto á la una como á la otra, y de ambas partes son poderosas las consideraciones exteriores; te parece imposible tomar un partido; quisieras que un contrapeso extraño viniera á determinar tu eleccion, y no obstante, si bien te examinas, las circunstancias exteriores son las que han hecho nacer en tí una inclinacion hacia la industria, la ganancia y la propiedad. Mas tus apetenencias íntimas engendran y alimentan el deseo de desenvolver y cultivar las disposiciones corporales ó espirituales que puedes poseer para lo bueno y lo bello. ¿Y no debo respetar el destino que sin mi concurso me ha llevado al logro de todos mis deseos? ¿Acaso todo cuanto he soñado y proyectado en otro tiempo no se realiza hoy sin mi participacion? ¡Cosa extraña! Parece el hombre conocer tan sólo sus esperanzas y sus deseos, los cuales ha alimentado y encerrado en su corazon; y no obstante, cuando los encuentra; cuando se impone, por así decirlo, á él, no los reconoce y retrocede ante ellos. Todo lo que, despues de aquella malaventurada noche que me alejó de Mariana, habia permanecido en mí en estado de sueño, se levanta y se presenta por sí mismo ante mis ojos. Quería huir de esto, y héme llevado á ello poco á poco; quería contratarme con Serlo, y éste es quien me ofrece condiciones que

un principiante como yo jamás osaría esperar. ¿Reteniame solamente en el teatro mi amor hacia Mariana, ó el amor al arte era lo que á aquella niña me ligaba? Esta perspectiva, este desagüe buscado en el teatro, ¿era acaso la satisfaccion de un hombre desordenado é inquieto, deseoso de continuar en una vida que no le permitian las relaciones de la vida social, ó tal vez era muy otra cosa, más pura, más noble? ¿Y quién podría llevarte á modificar tus opiniones de otro tiempo? ¿No has seguido hasta el presente tu plan casi inconscientemente? ¿No es fuerza ántes aprobar este último paso que acabas de dar, puesto que ninguna consideracion secundaria está en juego, y puedes al propio tiempo cumplir la palabra dada solemnemente y librar-te con nobleza de esta pesada carga?

Todos los impulsos de su corazón y de su imaginacion se entrechocaban violentamente en su espíritu. Poder conservar á Mignon; no verse obligado á despedir al arpista, consideraciones eran que pesaban en la balanza, y no obstante, ésta, indecisa, volvía á subir y bajaba, cuando se dirigió, según su costumbre, á casa de su amiga Aurelia.

CAPÍTULO XX.

Encontróla echada sobre la cama, y en apariencia tranquila.

—¿Creeis poder representar esta noche? la preguntó.

—¡Oh, sí! respondió ella con viveza; ya sabéis que nada puede impedírmelo. Sólo deseo conocer el medio de evitar los aplausos de nuestro patio; me quieren mucho, y me harán morir. ¡Anteayer creí que mi corazón estallaba! En otro tiempo soportaba esto, pues entonces me daba gusto á mí misma, y después de haber estudiado mucho y de estar preparada de larga data, me enorgullecía al oír partir la señal de mi triunfo de todos los ángulos de la sala. Ahora no digo lo que quiero ni como quiero; me siento arrastrada, me trasporto, y mi decir produce más efecto. Los aplausos son más calurosos, y yo me digo: «¡Si supiérais qué es lo que os cautiva! ¡Estos acentos sombríos, violentos, indeterminados os conmueven, os obligan á admirar, y no comprendéis que son los gritos de dolor de la desgraciada á quien concedéis vuestra benevolencia!

Esta mañana he aprendido un papel; en este momento lo ensayo y estudio; estoy cansada, hecha pedazos, y mañana será lo mis-

mo. Por la noche tengo que representar. Así es como me arrastro de aquí para allá; fastídiame el levantarme, y el acostarme me entristece. Este es mi eterno círculo. Luégo recibo enfadosos pésames; los rechazo, los desprecio y los maldigo. No quiero someterme, someterme á la necesidad... ¿Por qué es necesario lo que me lleva á la muerte? ¿No podría arreglarse de otra manera? Es preciso que lo copie; soy alemana y es propio del carácter de los alemanes estar en todo y que todo esté en ellos.

—¡Oh, amiga mía! interrumpió Guillermo. ¿Cuándo cesareis de afilar vos misma el puñal con que os martirizais sin cesar? ¿Lo habeis perdido todo? ¿Nada son vuestra juventud, vuestra belleza, vuestra salud, vuestro talento? Si habeis perdido uno de estos dones, sin culpa por vuestra parte, ¿no habeis de hacer caso alguno del resto? ¿Acaso es esto una necesidad?

Ella permaneció silenciosa algunos instantes; después exclamó:

—Harto lo sé, es tiempo perdido; ¡sólo es tiempo perdido el amor! ¡Qué no hubiera yo podido hacer! ¡Qué no hubiera yo debido hacer! Al presente, todo esto no ha conducido á nada. ¡Soy una pobre criatura que ama, y esto es todo! ¡Tened piedad de mí, Dios mío, soy una criatura desgraciada!

Dejó caer la cabeza, y tras una breve pausa continuó con viveza:

—Estais acostumbrados á que todo el mundo se eche en vuestros brazos. ¡No, vos no podeis sentir esto; un hombre no es capaz de apreciar el valor de una mujer que sabe hacerse respetar! En todas las santas ilusiones, en todos los cuadros de felicidad que puede soñar un corazón puro y honrado, no hay nada tan celestial como una criatura femenina que se entrega al hombre amado. Somos frías, soberbias, altaneras, perspicaces, prudentes; somos entonces verdaderas mujeres, y ponemos todas estas ventajas á vuestros pies desde el instante en que amamos, desde el instante en que esperamos que nos paguen amor con amor. ¡Oh! ¡Por qué he perdido toda mi existencia á ciencia y paciencia! Y ahora quiero sumirme en la desesperacion, sumirme en ella á sabiendas. Ni una sola gota de mi sangre dejará de ser castigada, ni á una sola de mis fibras dejaré de atormentar. ¡Reíos, burlaos de este teatral aparato de pasiones!

Nuestro amigo no se sentía, en verdad, inclinado á la risa. El espantoso estado, por

mitad natural y artificial, de Aurelia le afligía demasiado. Sentía, como ella, las torturas de triste sobreexcitación; sus ideas se confundían, su sangre se agitaba calenturienta.

Ella se había levantado y se paseaba.

—Me repito, exclamó, todas las razones que me aconsejaban no amarle. Sé también que no era digno de ello. Desvío mi corazón hacia tal ó cual objeto, me ocupo en mil cosas indiferentes. Algunas veces aprendo un papel que no debo representar; cojo otros antiguos que conozco á fondo, los vuelvo á estudiar aisladamente, trabajo, trabajo... ¡Amigo mío, mi confidente, qué horrible trabajo el de separarse violentamente de sí mismo! Mi razón sufre, mis ideas se exaltan; para librarme de la locura, me entrego de nuevo á mi pensamiento favorito: le amo... ¡Sí, le amo, le amo! exclamó entre sollozos, ¡le amo y quiero morir amándole!

Él le estrechó la mano, y le suplicó que no se atormentara así.

—¡Oh! la dijo. ¡Cuán extraño es que la realización, no sólo de lo imposible, sino con frecuencia de lo posible, esté negada al hombre! Vos no estáis destinada á encontrar un corazón fiel, que os hubiera hecho enteramente dichosa. Yo estaba destinado á cifrar toda la felicidad de mi vida en una infortunada á quien el peso de mi fidelidad ha echado por tierra como una caña, y roto tal vez.

Había confiado á Aurelia la historia de sus relaciones con Mariana, y podía en aquel momento hacer alusiones sobre el particular. Ella le miró con fijeza, y le preguntó:

—¿Podeis decir que aún no habeis engañado á ninguna mujer, que no habeis procurado merecer sus favores con frívola galantería, con juramentos seductores, con declaraciones temerarias?

—Lo puedo, respondió Guillermo, sin envanecerme por ello; pues mi vida ha sido muy sencilla, y rara vez me he sentido acometido de la tentación de probar. ¡Y qué enseñanza para mí, bella y noble amiga mía, la del triste estado en que estais sumida! Recibid una confesion, muy conforme con el estado de mi corazón, que se formula en mí bajo la influencia de la emoción que me comunicais y que las circunstancias santifican. ¡Rechazaré toda inclinación pasajera, y guardaré en el fondo de mi corazón las pasiones más serias; ningún sér femenino oirá de mis labios la confesion de mi amor, á no ser aquel á quien pueda consagrar mi vida entera!

Ella le lanzó una mirada de feroz indiferencia, y retrocedió algunos pasos cuando él le tendió la mano.

—¡Poco significa estol exclamó ella. Por algunas lágrimas de mujer más ó ménos, no crecerá el mar. No obstante, prosiguió, ¡si entre miles se salva una, algo es algo; si entre miles se encuentra uno sincero, algo vale! Pero ¿sabeis bien lo que me prometeis?

—Lo sé, respondió Guillermo sonriendo y tendiéndole la mano.

—Acepto, replicó ella.

É hizo un ademán con la mano derecha, de manera que Guillermo creyó iba á estrechar la suya; pero ella la llevó rápidamente á su bolsillo, sacó de él el puñal con la rapidez del relámpago, y pasó la punta y el filo por la mano de Guillermo. Lo retiró casi al instante, pero ya corría la sangre.

—¡Es preciso marcaros muy rudamente á vosotros los hombres para que os apercibais de ello! exclamó con salvaje alegría, que pronto se trasformó en tierna solicitud. Cogió su pañuelo y envolvió la mano de Guillermo para contener la primera sangre. Perdonad á una mujer medio loca, le dijo, y no sintais estas gotas de sangre. Ya estoy calmada, ya he vuelto en mí. Quiero pedir os perdon de rodillas; dejadme el consuelo de curaros.

Corrió á su armario, sacó de él la tela y algunos objetos, detuvo la sangre y examinó cuidadosamente la herida. La incision atravesaba la palma de la mano á partir de la base del pulgar, cortaba la línea de la vida y se prolongaba hasta el índice. Ella le curaba la herida sin decir nada, sumida en profundo éxtasis. Guillermo le preguntó varias veces:

—Querida mia, ¿cómo habeis podido hacer daño á vuestro amigo?

—¡Callaos! respondió ella poniéndose un dedo en la boca. ¡Callaos!

Libro quinto.

CAPÍTULO PRIMERO.

A sus dos heridas, apenas curadas, Guillermo tenía que añadir una tercera, que no le incomodaba ménos. Aurelia no permitió que llamara al cirujano; le curaba la herida ella misma, mezclando á esta operación extraños discursos, ceremonias y sentencias, haciendo de esta suerte muy penosa su situación. Además, no era él solo, sino todas las otras personas de su séquito, las que te-

nian que sufrir su desasosiego y sus manías, viéndose expuesto á ellas más que nadie el pequeño Félix. El petulante niño sufría con impaciencia esta presión, y se mostraba tanto más indócil, cuanto más ella le reprimía y le educaba.

El muchacho se complacía en algunas manías, generalmente llamadas malos modos, las cuales no le permitía ella en manera alguna. Por ejemplo, bebía con más gusto en la botella que en un vaso, y los manjares le gustaban visiblemente mucho más cuando los tomaba de la fuente que cuando se los servían en su plato. Semejantes proceder no eran tolerados; y cuando dejaba las puertas abiertas ó las golpeaba; cuando, á propósito de una orden dada, se quedaba parado ó escapaba bruscamente, tenía que oír una larga reprimenda, sin que ésta le hiciera ninguna huella ó mejora; muy al contrario, de día en día parecía disminuir su afecto por Aurelia; ya no había ternura alguna en su voz cuando decía: ¡Madre! En cambio, estaba muy enamorado de su vieja nodriza, que le permitía todos sus gustos.

Pero ésta se había puesto tan enferma de algún tiempo á esta parte, que habían tenido que llevarla á un cuarto tranquilo fuera de la casa, y Félix se hubiera hallado solo en absoluto, á no habersele aparecido Mignon como un ángel tutelar. Ambos á dos se divertían los niños muy agradablemente; ella le enseñaba pequeños *lieder*, y él, que tenía excelente memoria, los recitaba con grande asombro de los oyentes. Quiso ella también explicarle los mapas que estudiaba siempre, mas no precisamente según el mejor método. Lo que más en particular le interesaba de los países, era saber si eran fríos ó cálidos. Sabía muy bien dar cuenta de los polos, de los espantosos hielos que allí se encuentran, y del calor que aumenta á medida que nos alejamos de ellos. Cuando á alguien viajaba, ella sólo le preguntaba una cosa, si iba al Norte ó al Sud, y esforzándose por encontrar su itinerario en sus pequeños mapas. Sobre todo cuando Guillermo hablaba de viajes, mostrábase atenta, y parecía triste desde que la conversación pasaba á otro asunto. No podía persuadirse á que aprendiese un papel, ni aún á que fuese al teatro en día de representación; pero en cambio aprendía con gusto de memoria odas y *lieder*, y causaba general sorpresa cuando, sin preparación y de repente, declamaba algún trozo de este género de la manera más seria y solemne.

Serlo, que estaba habituado á observar toda muestra de un talento en germen, procuró animarla; sobre todo era parte á que la quisieran su canto gracioso, variado, á veces alegre; de esta propia manera fué como el arpista ganó su favor.

Sin tener Serlo el genio de la música, sin tocar ningún instrumento, sabía apreciar el gran valor de aquélla; hacía por procurarse con frecuencia este goce, al cual nada es comparable. Una vez por semana había concierto en su casa, y gracias á Mignon, al arpista y á Laertes, que tocaba bastante bien el violín, había formado una orquesta de salón asaz original.

Con frecuencia decía: «El hombre es tan dado á aficionarse á las cosas vulgares, el espíritu y el sentido se enmohecen tan fácilmente respecto á las impresiones de lo bello y de lo perfecto, que por todos los medios debe uno alimentar en sí la facultad de sentirlos. Nadie puede abstenerse por completo de estos goces, y sólo la falta de costumbre de gozar de cosas bellas hace que muchas gentes hallen placer en frivolidades y en absurdos, con tal que sean nuevos. Deberíase, añadía, oír todos los días un pequeño *lied*, leer una buena tirada de versos, ver un excelente cuadro, y si esto fuera posible, decir algunas frases razonadas.»

Con estas disposiciones, que eran en cierto modo naturales en Serlo, las personas que le rodeaban no podían estar faltas de diversión agradable. En medio de esta agradable existencia, trajeron un día á Guillermo una carta lacrada de negro. El sello de Werner presagiaba una triste nueva, y su espanto fué grande cuando en ella leyó, en pocas palabras anunciada, la noticia de la muerte de su padre. Había abandonado este mundo á consecuencia de una repentina enfermedad, y dejado sus negocios de familia en todo orden.

Esta inesperada noticia impresionó profundamente á Guillermo. Entonces comprendió cuán frecuentemente suele darse al descuido á los amigos y allegados en tanto gozan con nosotros de la terrestre morada, y cómo se llora la indiferencia cuando estos lazos se han roto, al menos por esta vez; lo que pudo aminorar el dolor que experimentó por la repentina muerte de aquel buen hombre fué la idea de que había amado poco en este mundo y la persuasión de haber gozado poco en él.

GOETHE.

(Continuará.)